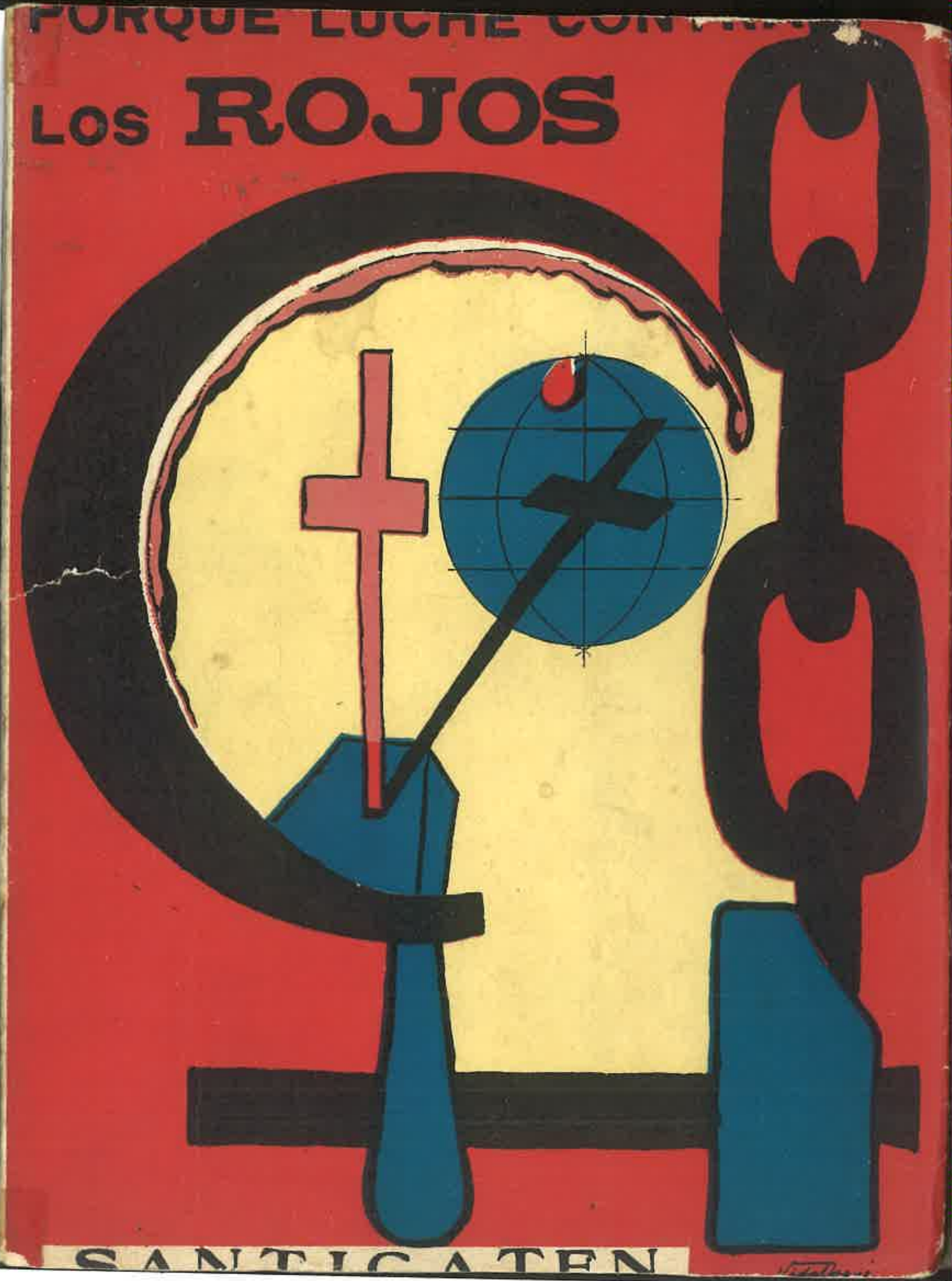

PORQUE LUCHE CON
LOS ROJOS



Este libro debe leerse y juzgarse tal como ha sido escrito: en forma objetiva. No es un relato trivial ni una mención de hechos. Se trata de un alegato en defensa de las formas de vida que deben regir al género humano.

SANTICATEN lo deja así, al lector.

S/20
$450

PORQUE LUCHE CONTRA LOS ROJOS

Obras del Autor

(Editadas)

— Primera Epoca —

"TROZOS DE VIDA" (Buenos Aires, 1927)

"MUJER" (Santander, 1929)

"MUJERCITAS" (Valencia, 1929)

"MADAME DRUMM" y "POR ORDEN DEL SULTAN" (Berlín, 1931). (Ambas traducidas al alemán)

"JUAN CARLOS ZALAZAR" (Segovia, 1932)

"JENNY, LA MUJER FATAL DE SU VIDA" (Bilbao, 1935)

———oOo———

—Segunda Epoca —

"URUGUAY, AÑO 2.000" (Montevideo, 1961) 1ra. Edición

"EL ERROR DE ESTADOS UNIDOS" (Montevideo, 1961)

"URUGUAY, AÑO 2.000" (Montevideo, 1961) 2da. Edición

———oOo———

—Próximas a Editarse —

"EL PAIS DEL MIEDO" (Ensayo sobre la idiosincracia de nuestros congéneres).

"EL LOCO DEL LAGO" (Novela).

SANTICATEN



Porque luché contra los Rojos

— TERCERA EDICION —

(Ilustró: Vidal Laqué)




MONTEVIDEO

1961

LOS PUEBLOS NO DEBEN RENUNCIAR EN NINGUN CASO A LA ORIGINALIDAD DE SU CARACTER PARA CONVERTIRSE EN IMITADORES SERVILES.

José Enrique Rodó
("Ariel", Cap. V.)

— PROLOGO —

Sevilla, calle de las Sierpes, media tarde de la Semana Santa de 1923. Cofradías, muchedumbre, unción religiosa. Acto de fe, renovada cada año por todo un glorioso pueblo, heredero del sacro poder de los legendarios capitanes que conquistaron medio mundo enarbolando la cruz y esgrimiendo la espada, yunque y mazo, de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel.

En el silencio recogido del embrujado ambiente, "Los Pasos" (x) van desfilando encuadrados por los encapuchados, que, cirio en mano, parecen fantasmas inquisitoriales prontos a intervenir en la quema de algún hereje escapado al Santo Tribunal.

Redobles de tambores marcando la cadencia de la marcha de los infantes de las guarniciones militares de Andalucía que con el fusil a la funerala dan guardia de honor. Llega "La Macarena" (1). Una saeta (2), cruza el aire y se eleva en gorjeos de gozo estallando la multitud en un "Olé" que parece un acompañamiento coral más que un aplauso. Y trás esa saeta, otra, y otra. Intérpretes de ellas, voces varoniles respondidas por suaves y melodiosas gargantas de mujer.

Luego, el silencio.

Y allá viene él. Allí aparece "El Paso" que lo sostiene sobre aquel mar de seres humanos que se postran con inigualado y espontáneo afán: rendir su amor a la imagen del Gran Sacrificado.

Y ahora cruzan el aire los sollozos que se rompen en increíbles quejidos sostenidos de las saetas que interpretan el dolor de quién quisiera y no puede ayudar...

Se arrastra "El Paso" lentamente haciendo más patética la belleza dramática de "El Cachorro" (3) que parece trasmitir a la multitud el sufrimiento de su suplicio... Metro a metro va desfilando por la calle de ésa, su ciudad. Sevilla entera lo contempla emocionada y miles de extranjeros se contagian de la emoción de aquel espectáculo que tan bien describió el gran Carlos Reyles, en su libro inmortal (4). Cae el día cuando "El Paso" se pierde al doblar por Sierpes hacia su barrio, donde está su Iglesia. Un remolino forma la multitud al empezar a dispersarse.

De repente, golpea el pavimiento el trote de caballos y aparece un brillante cortejo de oficiales. Brillan los correajes, sobre los rojos, verdes, azules uniformes y lucen morriones y quepís sobre erguidas cabezas.



Se arrastra "El Paso" lentamente haciendo más patética la belleza dramática de "El Cachorro".

Pasa la primera ola en cerrada formación, produciendo expectación en el público que se detiene. Segundos después, un jinete avanza solo, montando brioso corcel. Su uniforme: Dragón de la Guardia. La gente corre y grita:

¡EL REY!

¡EL REY!

¡VIVA EL REY!...

Es un segundo, porque trás él, cien oficiales trotan al compás rítmico de sus espléndidas monturas.

Allá va Alfonso XIII, el bien amado de su pueblo.

Allá va el Rey, que desde niño admiró a sus súbditos gritando ¡Viva la República! cuando en Palacio no le complacían.

Corre la buena gente del buen pueblo aclamando a su Rey que ya tiene fama de valiente, pues se ha hecho público que Alfonso quiere ir a Marruecos donde España no tiene suerte frente a la morería coaligada contra la dominación franco-española.

¡Viva el Rey!..., que está pronto a enfrentar a las huestes de Ab-del-Krim, en la agotadora campaña de El Riff.

PRIMERA PARTE

— 1 —

Año 1931. Llegué a Madrid pocos días después del abandono volutario del trono por el bienamado señor que yo ví pasar trotando sobre brioso caballo, por la muy sevillana calle de las Sierpes, ocho años atrás.

Todo era confusionísmo y mala interpretación. Los acontecimientos habían desbordado a los más optimistas opositores al régimen y también a sus más ardientes defensores. Una simple votación municipal, perdida por el Gobierno en varios distritos, había decidido la suerte de la monarquía.

Alfonso XIII, quizás con muchas ganas de no complicarse la existencia, lió sus petates y se largó de España a la cual nunca más vería.

Lo que pudo transformarse en una ola de destrucción, fué contenido.

¿Porqué? ¿Por quién?

Por la sorpresa.

Nadie esperaba una decisión tan radical y de tal magnitud; y el mismo Lerroux, jefe de los republicanos, vió paralizada su metódica acción opositora por esa misma sorpresa del acontecimiento inesperado.

La República en vez de llegar evolutivamente, caía de golpe en sus manos, como ascua ardiente, y el pueblo, el noble y buen pueblo español, no estaba preparado para tamaña transición.

¿Qué era la República?

Para la mitad de la gente de España, era la odiada enemiga; para la mitad de la otra mitad, era el enigma que se teme por desconocimiento total de los fines que encerraba y para la cuarta parte restante, el deseado paraiso donde todo se trastrocaría: lo blanco sería negro, el rico, pobre; éste, rico, y así hasta el disloque integral del razonamiento.

En una sola cosa estaban todos acordes: el Rey había huído. Su embarque en Cartagena era oprobioso para quién como todo español se siente incapaz de cargar con la sospecha de ser cobarde. En contrapartida a tan ingrato episodio la figura señera del Conde de

Romanones empezaba a crecer en la leyenda, provocando respeto por su serenidad y valor en los momentos críticos en que el Rey salía de Madrid en veloz automóvil dejando en Palacio a Doña Victoria, Reina de España, al Príncipe de Asturias y a sus otros hijos. La gente relataba, una y otra vez, con patéticos detalles, la madrugada del 16 de abril, en que las horas parecían alargarse al infinito, en fatigante sucesión de segundos interminables en que todo daba la sensación del rondar amenazante del peligro imprevisto. Allá, más allá de la alta verja de hierro que circunda el Palacio Real, una doble hilera de soldados, de dudosa lealtad, se mantenían firmes, de cara a una multitud que se movía lentamente sin poder adivinar que intenciones inspiraban su curiosidad o acecho.

Allá, del otro lado de los altos ventanales, amortiguados los pasos y los ruidos por gruesos cortinones y mullidas alfombras, otra muy diferente muchedumbre esperaba en agonía inenarrable de temor y azoramiento. Pocos son los cortesanos que están presentes en aquellos instantes; la gente que se mueve a la luz de las brillantes arañas de finísimo cristal, son, en su mayoría, gente del servicio real, fieles adictos a la casa Borbónica en desgracia, incapaces de felonías o traiciones.

Luego, la salida hacia la estación ferroviaria. Mañana fría, opaca, gris... Un cortejo de coches que llega con el triste séquito de los exilados que se dirigen en silencio a sus reservados camarotes. Ni una lágrima en los ojos de Doña Victoria, pero mucha emoción en el adiós al pequeño hombre cojo que respetuosamente se inclina por última vez ante S. M., su Reina. Un revuelo final de los acompañantes que trepan presurosos al convoy que va a partir; son los preceptores de príncipes e infantes, damas y caballeros de honor, institutrices y algunos pocos servidores. El tren se desliza ya hacia la frontera con Francia.

Ha partido sin ninguna señal previa, suave, sin ruido. El último vagón pasa y deja el andén desnudo. Un dramático silencio y allá sentado sobre la base del largo paragolpe de acero, el pequeño hombre cojo, ligeramente inclinado sobre su inseparable bastón, mira melancólicamente como desaparece en lontananza.

El Conde de Romanones, Presidente del Consejo de Ministros de un Rey en fuga, escribe en esos momentos, una de las páginas más estoicas de la entereza española ante la adversidad.

— 2 —

Verano de 1932. Café Negresco y Granja Henar haciendo cruz con Molinero, tres puntos obligados de reunión en la conjunción de la Gran Vía con la más castiza de todas las calles madrileñas: Alcalá.

Bullicio de muchedumbre en cualquiera de los tres locales con características propias e inconfundibles y en cualquiera de los tres, el mismo azorado comentario del acontecimiento del día.

Aquella mañana, me había despertado sobresaltado al escuchar en sueños, ruidos extraños de interminable rodar de vehículos. Al escucharlos atento, ya despierto, salté de la cama y corrí al balcón del cuarto del hotel en que me alojaba y ví entonces un interminable pasar de camiones militares colmados de soldados armados a guerra. De varios puntos de la ciudad, convergían en la misma calle ante la presencia muda de la gente madrugadora de aquella mañana de calor asfixiante. Quise averiguar que era lo que estaba sucediendo y llamé al camarero de mi piso, quién nada pudo informarme.

Me vestí rápidamente y bajé en busca de noticias. Nadie pudo satisfacer mi deseo. Como las tropas seguían su ininterrumpido desfile, me orienté hacia donde se dirigían, hasta que una vieja mujer de pueblo, me dejó perplejo cuando contestando a la pregunta que yo le hacía a un grupo de mozalbetes, indagando que sucedía, exclamó con gracejo y desenfado: — "Pero, ¿no lo sabe el señorito?". "El general Sanjurjo se sublevó en Sevilla y viene para acá a ajustarles las cuentas a los "descarriaos"...

Segundos después ya me enteraba que las tropas que veía pasar eran las encargadas de sofocar el movimiento del general que se hizo famoso en El Riff, en 1924. Esas tropas iban al mando del Coronel Leret, uno de los jefes de los regimientos de guarnición en Madrid.

Ahora estaba ubicado en "mi" mesa del Negresco en compañía de dos amigos. A mi alrededor la gente devoraba las noticias de los diarios de la tarde: "El Heraldo de Madrid", "Ya", "Informaciones", que traían en grandes títulos el fracaso de la subleva-

ción sanjurjiana que abortó al chocar con la primer resistencia, obligando a su jefe a huír fuera de España.

La República se fortalecía.

Frente a nuestra mesa, Don Ramón del Valle Inclán, el muy



Frente a mi mesa, Don Ramón Del Valle Inclán, el muy célebre manco...

célebre manco de puntiaguda y larga barba, gloria literaria del hispánico solar, dictaba la cotidiana y vespertina cátedra a su abigarrado auditorio sin muestra de inquietudes por la suerte republicana.

Los lustrabotas, personajes imprescindibles en la múltiple y colorida escena de los cafés madrileños seguían manejando magistralmente sus enseres de oficio. Los camareros, agiles y dicharacheros, sin por eso dejar de ser caballerescos y serviciales, trajinaban solícitos entre su innumerable y familiar clientela.

Mujeres hermosas, de lánguido o picaresco mirar invitante cual irresistible tentación, dejaban traslucir su despreocupación por los acontecimientos que habían sacudido la médula popular.

La República se fortalecía.

Desde mucho tiempo atrás era mi idea afincarme entre aquella gente ya que "el ruedo ibérico" de Don Ramón ejercía sobre mi una atracción irresistible con su bizarro estilo de vida.

Obligado a vivir por el desempeño de mis actividades en países diametralmente opuestos en mentalidad y forma de ser, habíame habituado a periódicas vacaciones en cualquier punto de la Península como algo imprescindible y necesario espiritualmente. Al llegar cada año y por solo pocas semanas, me dirigía al lugar de antemano elegido, en cualquiera de los cuatro puntos cardinales de España y esto era como reencontrarme conmigo mismo. La gente en general ignora lo que significa andar por el mundo cambiando ideas y pareceres en idiomas ajenos, con puntos profundamente diferenciales en lo racial, en lo filosófico y en lo estrictamente rutinario.

Llegar a un país y ponerse en contacto con sus habitantes, expresando las ideas en la lengua que se escuchó desde la cuna, es como si ese país se convirtiese en nuestra propia casa.

Palma de Mallorca, con su encantos maravillosos; Ibiza y Formentera, con sus atractivos de sirenas, fueron recaladas obligadas en mis idas y venidas por el mar que Vicente Blanco Ibáñez conoció y describió como el "Mare Nostrum", el de azuladas y profundas aguas, guardadoras de riquezas infinitas, ya que a sus orillas crecieron y se desarrollaron las civilizaciones más comple-

jas y esplendorosas de antes y después de Jesucristo. Y desde Irún al Sur, las costas del Atlántico y el Mediterráneo que es como decir desde los Pirineos a las Sierras Cordobesas, todos los lugares, todas las ciudades me brindaron la alegría de sentirme español ya que en mi sangre corría a raudales, por los cuatro costados como vulgarmente se dice, la ascendencia bien rancia y definida del árbol genealógico familiar que a pesar de su trasplante a América no había perdido la genuina savia de la hispánica raigambre.

Sentía lo español y lo amaba sin esfuerzos, naturalmente.

— 3 —

Finalizaba el invierno de 1934 cuando pude llevar a la práctica mis viejos proyectos de hacer de Madrid mi ciudad definitiva. Desde aquel verano de 1932 no cejé en mis empeños y trabajé denodadamente para lograr la combinación financiera que debía facilitar mi instalación en la capital de España.

Me fueron confiados intereses combinados con capitales españoles asegurando con ello mi inamovilidad del país por un mínimo de diez años. Entre los hombres que formaron en mi equipo directriz había media docena de españoles, de los cuales dos eran mis amigos personales y a quienes encomendé altas funciones de responsabilidad en la sede central de la empresa cuyas oficinas ocuparon un piso en la Calle Hortaleza, Nº 15 muy cerca de la Telefónica, uno de los edificios más altos de Madrid emplazado en la Gran Vía.

Como soy hombre práctico y no me resulta cómodo vivir lejos del lugar donde desarrollo mis actividades, busqué mi alojamiento particular alquilando un pisito muy agradable y elegante en la calle Caballero de Gracia Nº 34, a trescientos metros escasos de las oficinas. Quien conozca Madrid sabe que las ubicaciones que señalo están enclavadas en el mismo centro de la ciudad y esto es muy importante porque quién me lea podrá darse cuenta más adelante como aquel casual emplazamiento me permitió seguir los acontecimientos que se iban a desarrollar aquel mismo año como si estuviera en fila uno de enorme platea.

Los días, mientras tanto, pasaban rápidos para mi, pues me encontraba absorbido por los problemas propios de la empresa que en su complejo mecanismo demandaba la mayor atención, dejándome muy poco tiempo para pensar en otras cosas que no fuera lo atingente a su desarrollo y fortalecimiento.

Pasó el verano sin poder ausentarme de Madrid, pero igualmente me sentía contento y feliz a pesar de que en esa época me gustaba vagabundear en playas y lugares previamente elegidos de Europa, inclusive de la misma España. Pero el solo hecho de encontrarme afincado en los castizos "Madriles", me compensaba de

cualquier nostálgico recuerdo de pasada grata correría aun teniendo que soportar la torridez de sus días y noches irrespirables de julio y agosto en que solo se encuentra alivio en las acogedoras y pintorescas sierras del Guadarrama.

Mientras tanto Don Niceto Alcalá Zamora (a) El Botas, seguía presidiendo los destinos de la segunda República Española.

— 4 —

La atmósfera se había enrarecido de pronto, sin dar tiempo a gente como a mí, ajena por completo al problema político a precaverse contra las imprevisibles consecuencias del trágico estallido de las pasiones contenidas.

Esa tarde me encontraba enfrascado en mis tareas dentro de mi despacho cuando me pasaron una comunicación de un gerente amigo de una empresa similar a la que yo dirigía, quién, nerviosamente, me comentó que acababa de estallar una revuelta en Asturias, de cariz netamente comunista. Los mineros estaban luchando en Oviedo, capital de la Provincia, y se temía, según me explicaba la voz amiga, una conmoción revolucionaria en toda España.

Cuando corté la comunicación no lo hice por mi voluntad, sino que tuve la impresión de que algo andaba mal en la Central Telefónica. Inconscientemente miré la hora en mi reloj pulsera y constaté que marcaba las 16.30; coincidentemente llegaron a mis oídos los ruidos del exterior amortiguados por el revestimiento antisonoro que había hecho colocar para mejor aislamiento en mis cavilaciones y trabajos. Dudé un instante en la identificación de aquel detonar seco y continuado, el suficiente para que se abriera la puerta principal de mi despacho y por ella entraran varios de mis colaboradores, demudados y trémulos que venían a anunciarme que la revuelta también había estallado en Madrid.

Al quedar la puerta abierta, las descargas de fusiles y ametralladoras se hacían cercanas, libres de la muralla invisible del material aislante. Los miré a todos, ninguno disimulaba su inquietud. En cada uno de ellos adiviné un mismo deseo: volver a sus casas; quién, por su madre, la mayoría, por sus propias mujeres. En ese instante vi por primera vez la ansiedad humana asomada a los ojos de mis semejantes...

Quise, en un esfuerzo emocional, trasmitirles algo que pudiese calmar la intranquilidad de sus pensamientos y maquinalmente me dirigí a una de las ventanas de mi ante-despacho, abriendo una de ellas y saliendo al largo balcón.

Retrocedí bruscamente. Una ráfaga de ametralladora barrió la cuadra de arriba a abajo. Tiraban desde las azoteas.

Di vuelta la falleba y me quedé mudo de estupor.

— 5 —

Entre dos policías crucé la Gran Vía, el fuego arreciaba frente a la Telefónica defendida por los Guardias de Asalto.

El disparar de los atacantes era desordenado, pero ininterrumpido; tiraban desde puertas, balcones y azoteas, las calzadas estaban desiertas.

¿Qué hacía yo allí?

Pagaba mi primer culpa de inexperiencia de los tiempos que me iban a tocar vivir. La salida irreflexiva al balcón atrajo sospechas sobre los verdaderos móviles de mi acto y pronto varios policías de investigaciones, revólver en mano, subieron al piso cuarto donde me encontraron junto a mis empleados.

Breves, pero precisas explicaciones aclararon la situación, pero como aún nada me había obligado a tomar la precaución de llevar sobre mi los documentos de identidad, tuve que prestarme a acompañar a dos de ellos hasta mi domicilio, que eran donde los tenía después de haber fracasado en el vano intento de querer llamar por teléfono a mi casa, a mi Cónsul y a varios amigos, de amplios conocimientos en las esferas gobernantes para que testificaran en esos momentos quién era yo y de que me ocupaba.

Aún recuerdo la fría sonrisa de burla del agente de mayor autoridad en el grupo, al verme sudar afanoso tratando de hacerme dar una comunicación imposible.

"Disculpe, me dijo al fin, no vale la pena de que perdamos más tiempo. Ud. vive cerca. Le haré acompañar por dos de mis compañeros hasta su domicilio; es simple comprobación de identidad. Ud. comprende, no quisiéramos incomodarlo, pero me veo precisado a cumplir las órdenes que nos han dado. Si Ud. no hubiera tenido la mala ocurrencia de asomarse al balcón, nada hubiera sucedido".

— 6 —

Hacia la media noche cesó el ruido de las descargas, sustituído por el "paqueo" (5) sorpresivo y monótono de los emboscados.

Madrid no durmió esa y dos noches más. El cuarto día fué decisivo; gobernaba Gil Robles. Las izquierdas, vencidas en Asturias y doblegadas en Madrid y Barcelona en cruenta y rápida lucha iban a ser totalmente dominadas por aquel nuevo Ministerio que encabezaba el líder del más poderoso partido de derechas. Alcalá Zamora aceptó la renuncia del Ministerio que encabezaba Azaña y España entró en una paz ficticia, pero que para un hombre poco avisado de lo hondo y dramático del drama que empezaba a desarrollarse, era una paz o quería que fuese una paz.

Volví a trabajar con ahinco, tratando de olvidar el cimbronazo de aquellos acontecimientos a los que no quise medir en su total gravedad porque de hacerlo hubiera tenido que resolverme a abandonar la labor empezada, y ¿hay alguien o existe algún ejemplo registrado de alguien que en mi caso se ponga a analizar y llegue o haya llegado a la conclusión de que la Hora Cero va a sonar y por fría y serena decisión se aleje definitivamente del lugar donde cree o sospecha va a sobrevenir el cataclismo, abandonando todo proyecto, plan o labor emprendida? NO. El hombre no está preparado para eso. El hombre NO hace eso.

Mil ejemplos lo demuestran y lo afirman.

Nápoles, sacudida periódicamente por su bello y perverso Vesubio; Chillán, San Juan; otras y otras ciudades destruídas por temblores de antemano previstos y hasta anunciados por preavisos naturales, asombran al mundo en el momento de los recuentos de víctimas y daños irreparables. ¿Como entonces prever lo imprevisible? ¿Como escapar renunciando a toda esperanza de arreglo y comprensión? Las grandes matanzas de aristócratas de 1789 y 1793 y las más grande aún de 1917 ¿han influído en los sistemas de vida de los "pur sang" de Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Japón e Inglaterra? ¿Han emigrado de sus respectivos países las citadas aristocracias que aún quedan en el mun-

do por el solo hecho de que ya se han producido en otras partes siniestros exterminios de los que ostentan rancios abolengos?

El hombre no escarmienta en cabeza ajena. El hombre espera que nunca será él quién pague tributo a hechos que siempre se creen remotos aunque estén en vísperas de estallar.

El hombre se resiste a creer en su destrucción, el hombre vive de su propia esperanza de supervivencia o de ser intocable en el juego premioso de los sucesos.

Yo no era una excepción.

— 7 —

Aquellos carritos inundaron Madrid. En cada esquina de Fuencarral los había visto primero cuando al salir de mi casa cruzaba en diagonal la Gran Vía para por esa calle llegar hasta el estudio de uno de mis abogados a quién hube de consultar varias veces en las postrimerías de aquel famoso año de 1934.

Al principio no me llamaron la atención, pero cuando en 1935 se adueñaron prácticamente de los lugares estratégicos, desbordando por la calle de Las Infantas y llegando hasta el Paseo de la Castellana y de ahí subiendo nuevamente hasta la muy pecaminosa Calle Peligros (6), hube de detenerme ante ellos para saber que ofrecían.

Quién me lea quedará tan asombrado como yo en aquella tarde de primavera en que por vez primera compré cinco libros magníficamente impresos y encuadernados por sólo un duro (7).

Los había tomado al azar, sin cuidarme del autor o del tema, por el innegable gusto de pagar tan barato una mercancía que a simple vista valía diez veces más.

El señuelo daba sus frutos. ¿Quién no compraba? ¡Cinco libros a duro!...

Una pesetilla pequeñita por un volumen casi de lujo.

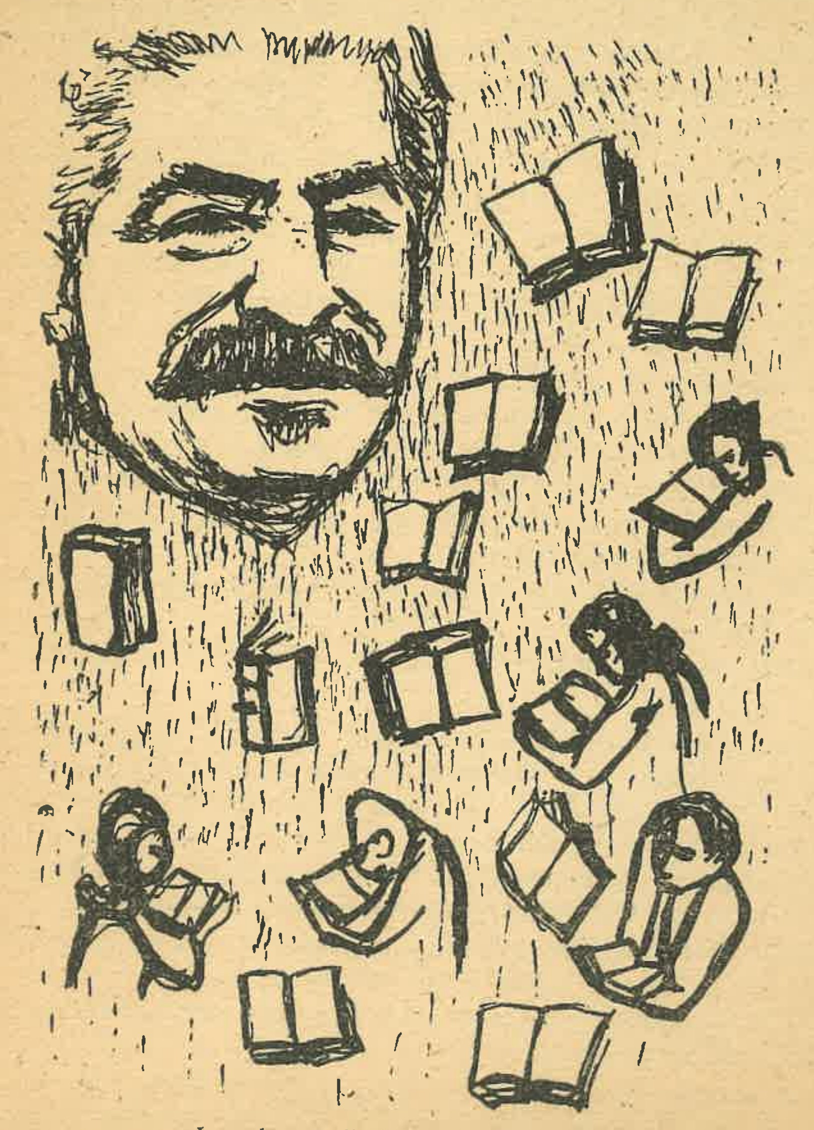
¡La caraba!

Es cierto que de los cinco libros ya leídos le quedaba a Ud. una gran o mediana o pequeña o nada de simpatía por ese gran sistema "made in U. R. S. S." pero, lo importante es que Ud. ya sabía de las bondades del mismo. Y si a Ud. no le importaba ni poco ni mucho de la suerte de los Ivanes de la patria Staliniana, tanto mejor, así Ud. seguiría divirtiéndose, conmoviéndose o simplemente aprendiéndose poquillo a poquillo que el Poder Soviético ofrece el Paraíso a todos los Ivanes del mundo.

Yo me compré varias docenas y regalé por docenas aquellos que más me gustaron.

El veneno, cual droga invisible, se iba destilando en la mente de un pueblo no preparado para las lecturas tóxicas. Lo que mi mente asimilaba sin dejar rastros de peligro, producía terrible es-

trago en la masa lectora de tanta seducción mortífera. Por primera vez el maquiavelismo del siglo XX se valía de la literatura para arrastrar a la conversión a un pueblo ajeno a las filosofías extra-



Leer, lo que él quería que leyésemos...

ñas del totalitarismo marxista incubado en el otro extremo del continente, más allá del Danubio, en los límites de Europa con el Asia donde el mismo eslavo deja de ser tal.

Cerebro y motor de tales tácticas, un georgiano: José Stalin.

Yo y veinte y cinco millones de españoles seguíamos su juego prestándonos inconscientemente a su deseo: leer lo que él quería que leyésemos.

El rebaño estaba a merced.

— 8 —

Un señor holandés causó el daño y el escándalo fué como una bola de nieve que rueda y se agranda rodando, rodando...

El "straperlo" pasó a ser el tema de la oposición de las izquierdas en acecho.

Ya nada detuvo el desastre.

Ministros acusados de implicancias en la concesión de permisos para la explotación de un juego denominado con tan singular nombre llevaron de la mano a los representantes a Cortes de los partidos de izquierda para promover toda clase de escándalos en cada sesión de tan alto cuerpo legislativo. El obstruccionismo se realizó violentamente y sin cuartel. Salazar Alonso, Ministro de la Gobernación, fué acusado de dejarse sobornar recibiendo como pago un bonito reloj de platino! La marea izquierdista subía en la calle teniendo como objetivo prefijado la caída del gobierno. No lo logró, pero consiguió la convocatoria a elecciones para febrero de 1936.

La República se debilitaba en 1934 con el abortado levantamiento de Asturias que dió oportunidad a mutuas acusaciones entre los mismos jefes republicanos.

Don Manuel Azaña (a) Verrugas, que ocupaba el Ministerio de la Gobernación en ese entonces y bajo cuyas órdenes actuaba la Guardia Civil y los Guardias de Asalto, fué duramente combatido por la lógica represión que tuvo que dirigir desde su alto cargo. Su famosa orden de tirar ¡A LA BARRIGA! hizo que durante meses y meses la frase fuese poco menos que un baldón para uno de los mayores gestores de la República.

Las fuerzas coaligadas de Largo Caballero, Jefe supremo y visible de la Unión General de Trabajadores (U. G. T.) chillaron sus acusaciones a la par del jefe supremo e invisible de la Confederación Nacional de Trabajo (C. N. T.)

Una vez más socialistas y comunistas en connubio armónico. Como siempre los primeros haciendo el juego o puente a quienes ni por número ni por ideas eran mayoría. La República se seguía debilitando a fines de 1935.

El 31 de diciembre de ese año presencié el renovado espectáculo de la muchedumbre esperando las 12 campanadas del reloj del Ministerio de la Gobernación en la Plaza del Sol; de esa forma el pueblo de Madrid recibe al nuevo año. Por cada campanada del pesado bronce del viejo reloj, el buen madrileño come una uva esa medianoche.

Ya puede hacer frío o ventisca; ya puede llover o caer nieve, nadie dejará por ello de tragarse el redondo fruto de la buena suerte.

Yo no quería prestar atención a otra cosa que no fuera eso; la buena suerte de la República Española.

La política no me interesaba.

Y sin embargo ya estamos viviendo los primeros minutos de un año nuevo: 1936.

— 9 —

El "Frente Popular" había triunfado en Francia. León Blum, el socialista millonario era Presidente del Consejo de Ministros de Monsieur Albert Lebrun, Presidente de la "Troisieme Republique Francaise". Europa se encontraba frente a una incógnita peligrosa. Blum era el hombre elegido por Moscú para el primer gran paso hacia la comunización del Continente. El gran invento Staliniano de los "Frentes Populares" estaba en marcha.

Ahora necesitaba cerrar el extremo occidental.

Portugal no contaba, España sería la encargada de la faena final. 16 de febrero de 1936; triunfa el Frente Popular y arde el "ruedo ibérico" en los primeros preanuncios de la lucha fratricida.

Yo presencié toda aquella orgía de fuego y sangre.

En la Red de San Luis, calle ancha que nace en La Gran Vía y termina en la Puerta del Sol, ví asesinar gente por turbas que más bien parecían meznadas de lobos. Pero eso solo fué el principio. Los días que siguieron no dejaron de traer, cada uno de ellos su propio sangriento suceso. Las directivas se adivinaban en cada asalto o atentado. La República se tambaleaba ante la embestida desorbitada de quienes la precipitaban al caos para más rápidamente lograr sus fines. Don Niceto Alcalá Zamora, demasiado constitucionalista, se aferraba a la letra escrita. No quería ver, no quería oír, no quería escuchar el rumor de la marejada, de la tremenda marejada que al no encontrar escollos se desbordó y dió al traste con el Primer Presidente Constitucional de la Segunda República Española.

A las 15 horas de una tarde de esa primavera de 1936 ví pasar un séquito por la calle que por ironía llevaba uno de sus apellidos: Alcalá.

Poco menos de una hora más tarde, el mismo séquito desfilaba por la misma calle. Pocos minutos bastaron a las Cortes reunidas en Asamblea General para defenestrarlo. Allá iba el empecinado anciano constitucionalista a buscar sus petates al Palacio Real en el cual vivió, pero no ocupó realmente ya que se limitó a

entrar y salir por puerta secundaria como si se avergonzase de ocupar un lugar que no le correspondía.

Los comentarios de la calle eran burlones porque en medio de la tragedia que se perfilaba, aguda y siniestramente, el madrileño no había perdido aún su propia personalidad —"Ahí va El Botas"— decían, "que Dios le perdone su inocencia"...

— 10 —

Y don Manuel Azaña fué Presidente. La anarquía se enseñorea de Madrid con los más diferentes matices de locura.

— 11 —

"AQUARIUM". Lujoso café. Medio día de mayo.

Dos poderosas bombas estallan en sus lavabos derribando paredes y matando a varios clientes mientras sus dos principales entradas quedan bloqueadas por más de trescientas mujeres vestidas de rojo. Dentro se encuentran varias decenas de oficiales que habi-



Una mujer restallando entre sus manos enorme látigo

tualmente concurren allí al terminar sus quehaceres en la sede del Ministerio de la Guerra que queda a poca distancia.

El confusionismo producido por las explosiones es indescriptible. Gritos y ayes de dolor de los heridos y moribundos. Terror en los rostros convulsos del atestado local. Nadie atina a nada.

Sobre aquel dantesco escenario se alza de improviso la figura repulsiva de un deshecho humano vestido de mujer. Sí, aquello que veo a pocos metros es una mujer, restallando entre sus manos enorme látigo. Sus ojos despiden llamas de odio, su voz es gutural y ronca.

Ordena atención y grita insultos a los representantes del Ejército español.

Hay un momento más dramático en el drama tremendo del recinto.

La humareda y el olor acre de la explosión invaden los rincones no alcanzados.

El tumulto comienza.

El pánico se apodera de los que están cerca de las entradas y ven la amenazante actitud de las mujeres vestidas de rojo que afuera esperan con armas y garrotes.

Cual reflujo enfurecido, la gente forcejea ahora de afuera a adentro buscando una salida que no existe.

Retrocede la empavorecida masa humana en sentidos encontrados, caen mesas y sillas. Suenan varios disparos y aquello se transforma en tremenda y mortal confusión de cuerpos que ruedan pisoteados; entre ellos, la mujer del látigo, que sigue vociferando desde el suelo mientras los oficiales han logrado en su mayoría reunirse en grupo compacto que va abriéndose paso hacia la salida. Los veo llegar a ella, luego me entero de los vejámenes a que fueron sometidos ante la presencia pasiva de la policía que no actúa.

— 12 —

Fines de mayo. Noche caliente en estío. Un auto pasa veloz, frente al Palace Hotel, por la Carrera de San Jerónimo. Desde su interior una ametralladora vomita una ráfaga mortal sobre un grupo anónimo que cruza la calzada.

Son doce, caen diez. Al pasar, oigo que dicen que son falangistas, otros que comunistas. Yo sigo presuroso mi camino. No quiero complicaciones.

— 13 —

La necesidad de entrevistarme con uno de mis mejores clientes me obliga a aceptarle su invitación. Lugar del encuentro: Café Sahara. Es junio y mi puntualidad exige que llegue a las 14 y 30 horas exactas. Me siento en la primer mesa libre y espero. Estoy circundado por enormes cristales que me proporcionan amplia visibilidad sobre un gran tramo de la Gran Vía. El aire es fresco, como en un oasis, en contraste al fuerte calor de la calle. Pasan los minutos y un desconocido se sienta en mi mesa. Hasta hace poco en Madrid no era costumbre tal cosa. Como mi cliente no debe tardar, decido levantarme y esperarlo de pie, en el bar. Pero ya llega él, que se excusa por su involuntaria demora. Como es hora de almorzar me invita a ello. Salimos del Sahara y cruzamos a la acera de enfrente en que está ubicado un elegante restaurante. No tenemos tiempo de entrar cuando un formidable estrépito resuena por sobre el ruido del denso tránsito de la Avenida. La gente se detiene. Se adivina en sus rostros la inquietud colectiva que empareja a todos, tanto en gestos como expresiones. Madrid está aterrorizado. En la otra acera, de donde venimos, el Sahara sufre el atentado del día.

He tenido, por casualidad, tiempo de escapar.

Entramos en el restaurante. El camarero que nos sirve nos detalla más tarde, a los postres, el hecho.

A una señal convenida, grupos organizados apedrearon desde fuera las magníficas vidrieras que se desplomaron simultáneamente, mientras otros que habían entrado minutos antes al interior, la emprendían a cachiporrazos con los parroquianos que aun saboreaban sus aperitivos. Todo duró un minuto escaso. El terror, para que fuese efectivo había que sembrarlo a plena luz y en lo que dura un relámpago.

— 14 —

Los intelectuales y pseudo intelectuales del momento, se creen obligados a dar un manifiesto que no se sabe si es de fe republicana, adhesión al usurpador Azaña o una simple forma de atizar la hoguera.

Marañón, el médico sostenedor de las extrañas teorías sexuales, figura entre los firmantes. La gente dice que "El Verrugas" es asiduo lector de tales teorías, y que las practica...

Mientras tanto, las milicias rojas del Frente Popular se adiestran militarmente en las afueras de Madrid. Ciudades y pueblos de España las ven desfilar agresivas, un día y otro también. Una organización aún débil las enfrenta. Su Jefe está preso casi desde el instante mismo que Azaña tomó el poder.

Su nombre: José Antonio Primo de Rivera.

Su consigna: Pistola contra Pistola.

Y todos los días caen por docenas los integrantes de uno y otro bando.

España se emborracha poco a poco de sangre y un abismo de muerte y destrucción la aleja de toda esperanza.

— 15 —

Albaladejo y Rubiellas, dos de mis mejores colaboradores, me dan la despedida en la estación ferroviaria en la mañana del 9 de julio de 1936. Me alejo de Madrid por unos pocos días, obligado por necesarios contactos comerciales en Levante. He renunciado a hacer la gira en mi auto porque en los caminos de España no existen ya las seguridades imprescindibles para transitarlos. En todas las encrucijadas hay pelotones armados que exigen "derecho de paso" que es como una contribución forzosa al "Socorro Rojo Internacional" en cuyo nombre actúan. Noto que tanto Rubiellas como Albaladejo están reticentes y sombríos. Cuando se acerca el momento de la partida, ambos abordan resueltamente el tema que les preocupa y sin ambajes me preguntan que haría yo si en un momento cualquiera la temida revuelta estallase. Yo sé que ambos son fervientes republicanos y no ignoro como también sufren la desazón del desengaño ante el calamitoso desmoronamiento de sus ideales; igual que ellos se encuentran todos los hombres jóvenes de España, así que reacciono de acuerdo con la natural comprensión que la pregunta me provoca y les manifiesto casi convencido, que no creo que llegue tal momento y que espero que la crisis se resolverá por sí misma. Ambos cambian una rápida mirada y no me contestan y lentamente me acompañan hasta el estribo del vagón que me conducirá a mi primer destino: Valencia.

Cuando voy a subir los dos me abrazan con emoción y uno de ellos observa con sorpresa que sólo llevo como equipaje una pequeña valija de mano. La señal de partida ha sido dada y el tren se pone en movimiento dándome tiempo a saltar ágilmente a mi coche mientras les aseguro, en alta voz, que en una semana estaré de vuelta.

— 16 —

Los asuntos que me llevaron a la bella ciudad levantina me absorbieron obligándome casi a no prestar atención a los pesimistas comentarios de mis interlocutores, ya fueran hechos en la Plaza de Castelar o en el mismísimo Grao. (8) Valencia, como toda España, estaba pendiente de su capital. Los acontecimientos que en ella se desarrollaban mantenían alterado el pulso nacional a pesar de que no había rincón español donde no dejasen de ocurrir hechos tan trascendentes como en el propio Madrid.

Y de repente...

¡Asesinato de Calvo Sotelo!...

— 17 —

Llegué a Alicante en las primeras horas del día 17. Valencia me había retenido más de la cuenta, el tiempo dejaba de tener valor y ya nadie podía disponer de fechas señalando regresos. De cualquier forma pensaba estar el tiempo imprescindible en la pequeña y encantadora ciudad y de inmediato regresar al centro de mis actividades: Madrid.

Aproveché las horas de ese día en entablar contactos de antemano concretados desde Valencia. Por el hotel en que me alojaba desfilaron varios de mis clientes y yo visité a media docena de ellos en sus propias residencias.

Las conversaciones no se hilvanaban como yo deseaba, todos estaban preocupados, verdaderamente preocupados del sesgo que tomaban los acontecimientos después del imponente entierro, en Madrid, del líder monárquico Calvo Sotelo.

Parecía evidente que Azaña y sus Ministros eran impotentes para contener la rebelión que tan execrable atentado provocaba.

Antes de la medianoche me acosté, pensando que era mejor esperar y dar tiempo a que todo se tranquilizase antes de seguir en mis gestiones. Tendría paciencia, los tiempos no eran propicios para la concreción de negocios en rápidas giras, mañana...

Me quedé dormido.

— 18 —

En la pàgina 10 de mi pasaporte lucía un nuevo membrete que decía:

Prórroga

Visado y Autorizado para permanecer
en España durante tres meses.
Alicante, 23 de julio de 1936
El Comisario Jefe
P. O.
Rogelio Jover

y un Sello con la siguiente inscripción:
Comisaría de Investigación y Vigilancia
Alicante

¿Qué me había ocurrido entre el 17 y el 23 de julio?
¿Donde había estado?

En la cárcel.

Mientras dormía, España había entrado en conmoción. Me sacaron de la cama muy cortesmente y me invitaron a concurrir a la Comisaría de Investigación y Vigilancia. Allí querían saber a que, como y porque estaba en esa ciudad. Mis actividades de ese día me hacían sospechoso de tramar algo contra la seguridad del Estado. Todas mis relaciones, toda la gente con la que me había visto en el Hotel y visitado en sus casas, pertenecían a las derechas. Era extranjero, mi residencia estaba en Madrid; mi llegada en fecha tan comprometedora no podía responder a fines muy claros en cuanto y por sobre todo a la clase de amistades que cultivaba.

Yo nada comprendía y me empeñaba en demostrar que todo era un error. Los amigos que ellos decían, eran sólo clientes de mi empresa, que preguntasen a Madrid y tendrían aclarado el punto

de actividad a que me dedicaba y así podrían cerciorarse que la gente que había visto tenía mis mismas ocupaciones. El que hubiese llegado el 17 en vez del 18 o el 25, pura casualidad. En Valencia había dejado amplia constancia de como había empleado mi tiempo.

Pero nada.

Parecían impermeables a mis contestaciones. Insistían y me fastidiaban. Yo no tenía que ver con imaginarios complots contra el gobierno, de eso estaba seguro y como decía la verdad, me aferraba a ella con tosudez real.

Si hubiera sabido por un instante que en esos momentos mi vida no valía nada y que un solo titubeo me hubiera valido una sentencia de muerte, quizás no lo hubiera creído o quizás hubiera sido víctima de mi mismo, presa de miedo o terror.

Cuando me aislaron en un calabozo, golpée varias veces violentamente la puerta del mismo pidiendo se me amparase como extranjero, pero yo no era solo en el trance. En el mismo local se encontraban cuando yo llegué, varios individuos, mujeres y hombres, en iguales o parecidas circunstancias e iban llegando más y más, traído de varios otros pueblos de la Provincia. Al final me cansé de protestar y me puse a observar con más atención el ir y venir de los que llegaban y salían. Sin duda alguna aquello me abismó en lúgubres presentimientos ya que poco trabajo me costó enterarme de lo que estaba sucediendo fuera de la cárcel, a donde había ido a parar sin culpa ni pena.

Habían pasados dos días de mi encierro, estábamos a 19 de julio, iba a cumplirse el tercero y en menos de 72 horas España se había precipitado en el caos.

Casares Quiroga, Ministro de la Gobernación del gobierno de Azaña, cargaba con la responsabilidad de lo que iba a ser la hecatombe más feroz de lo que va del siglo en cuanto a guerra civil se registra en los anales históricos de las Naciones. Fué ese Ministro de la Gobernación del régimen republicano quién maquiavélicamente indujo al Presidente Azaña a firmar el famoso decreto por el cual se entregaban armas al pueblo sin distinción de ninguna especie o naturaleza, abriendo los cuarteles e incitando al exterminio de aquellos que osaran oponerse a la descabellada medida guberna-

mental. Los que traían y llevaban aquellos agentes policiales, eran sospechosos de oponerse en alguna forma al cumplimiento de semejante locura. La guarnición de Alicante se encontraba rodeada en su cuartel, pues en tan pequeña ciudad sólo había un regimiento de Infantería.

La excitación de aquellos que por unos instantes yo veía, era producida por la lucha callejera que ya se encontraba casi terminada y en la cual habían participado. Muchos de ellos eran fusilados de inmediato o entregados a organizaciones especiales de represión que los juzgaban y decidían si les daban o no, "el paseo". (9).

A pesar de cuanto escuchaba no sentíame presa del pánico, existía en mí la seguridad de que todo eso no tenía nada que ver conmigo. En esos momentos veía el conflicto como algo de incumbencia exclusiva de los propios españoles.

No veía el problema en su verdadera magnitud y lo circunscribía a lo estrictamente local, a pesar de que había sido testigo de un prólogo trágico me mantenía en un campo neutral ya que lógicamente no podía serme antipática la aspiración republicana puesto que yo era nacido dentro de los conceptos más extremos de dicha concepción política y mi mente tenía ideas claras y precisas de lo que es y significa el ideal y la forma de vida dentro de las normas sociales y aún filosóficas de su estilo.

El día 20 me hice amigo del guardia que me traía la comida. Era un hombre de unos cincuenta años que pertenecía al cuerpo municipal y que prestaba servicios especiales en aquellos momentos en que no bastaban todos los efectivos de guardias-cárceles disponibles normalmente. Creo que me supo inocente y aceptó el encargue de averiguar si podía hacer llegar un aviso telefónico o telegráfico a mis oficinas. Cuando volvió, al día siguiente, me dejó desalentado: las comunicaciones habían sido cortadas porque en Albacete, nudo obligado de comunicaciones entre el Levante y la Capital, se estaba luchando y aún no se sabía que bando iba a triunfar. Desde ese momento todo se fué ennegreciendo para mis escasas esperanzas de salir pronto de allí. No obstante, la libertad me aguardaba horas más tarde y cuando oí gritar mi nombre por uno de mis carceleros

sentí paralizárseme el corazón y aquel pánico que ignoraba hasta la víspera, me clavó su fría garra, revolviéndome las entrañas.

Cuando entré en la Sala de Guardia acompañado por un vigilante, hicieron mal a mi vista las luces que normalmente brillaban en sus artefactos eléctricos, tanto mis ojos se habían acostumbrado a la sombría luz del patio subterráneo en que se encontraba el calabozo donde me tuvieron alojado.

Después de breves minutos de estar de pié, que en mi zozobra me resultaron largos y penosos, me hicieron entrar en una salita. Allí me enfrenté con Don José Struch, Vice Cónsul de mi país, quién no me conocía y de quién sospeché en un primer momento creyéndolo agente encargado de torturarme. Cuando tuve la sensación cierta de que en realidad aquel español, amigo personal del Señor Presidente de la República D. Manuel Azaña, republicano de pura cepa había sido convocado para reconocerme como ciudadano del país que él representaba honorariamente y también para que si él juzgaba conveniente tomarme bajo su custodia y garantía en los días que aún me viese obligado a permanecer en el encantador lugar que es Alicante, fué una nueva prueba a mis nervios agotados. Felizmente, aquel cauto y prominente señor de izquierdas se comprometió con las autoridades a mi rápido retorno a Madrid en cuando los acontecimientos lo permitiesen.

Con el aval de Don José Struch, el Comisario Jefe Don Rogelio Jover me devolvió la libertad y estampó en la página décima de mi pasaporte el permiso de prórroga de mi permanencia en España con constancia de ser expedido en la capital de la alicantina provincia, con fecha y sellos correspondientes. Más tarde conocería más íntimamente a aquellos dos hombres. Por lo pronto, tenía 90 días para esperar.

— 19 —

El espectáculo de la calle era grotesco. Había jarana y bullanguería como si más bien se estuviese festejando un carnaval. Hombres vestidos y armados a lo Pancho Villa despertaban la admiración de mujeres y chicos del pueblo, del buen pueblo español que aún no había aprendido a mostrar crueldad en el ceño ni a diferenciar lo festivo de lo trágico. Enormes cartelones lucían en cuanta pared con espacio suficiente había para darles cabida y en ellos imágenes monstruosas de hombres con hocicos de lobos, babosos y sangrantes, apretando en sus fauces inocentes figuras de niños y estirando sus brazos peludos, rematados por manos como garras que alcanzaban a mujeres despavoridas, mientras hombres con caras nobles y simpáticas se aprestaban en gesto bélico a exterminar la bestia, y grande, con letras muy grandes, la leyenda:

CAMARADAS ESPAÑOLES: ¡ALERTA!
EL FASCISMO QUIERE
EXTERMINAR VUESTROS
HOGARES.
¡NO DEJEIS QUE SUCEDA!...
!DENUNCIAD AL ENEMIGO!...

Era el 24 de julio de 1936. Rusia había madrugado y demostraba haber preparado todos los detalles. Aquellos carteles estaban impresos en su territorio y eran obsequio de los camaradas soviéticos ya dispuestos para la ayuda a sus camaradas de la Península Ibérica.

El Lobo del Kremlin, desembozadamente, afilaba sus uñas para el zarpazo largamente preparado, la piel que usaba era aún la del cordero que pronto abandonaría por otra más aguerrida y segura, de su propia confección, y a la que denominaría: Brigadas Internacionales.

— 20 —

Estas empezaron a entrar por el puerto de Alicante, a principios de setiembre. El miedo era ya dueño y señor de la ciudad. El carnavalesco comienzo de una guerra memorable por sus características inconfundibles del drama de una civilización enfrentada a una ideología fascinante, para las masas ingenuas, era ya un lejano recuerdo en la memoria de esas mismas masas sacudidas por la realidad cruel, violenta y odiosa que hacía que nadie se sintiese seguro. El republicanismo de cada español republicano se iba trocando también en algo borroso y lejano. Algunos, visiblemente los menos, clamaban por la ayuda que lenta, pero constantemente iba llegando e inundando a las provincias del Norte, Centro y Levante. Venía de todas las partes de Europa controladas por la Unión Soviética; los más, los españoles de verdad, los republicanos que creyeron en la República de Pí y Margall y en la del 14 de abril de 1931, empezaron a sentir el espanto de las persecuciones; de las vigilancias de las "chetkas" instaladas sin reparo alguno, visible y sombríamente, dispuestas al exterminio en toda retaguardia sospechosa de tibieza en los entusiasmos dictados de antemano por la batuta invisible de los hombres-guías del rebaño humano.

Fué una noche de la primera semana de setiembre que sonó el rítmico paso de la columna por las calles de la aparentemente dormida ciudad. Detrás de cada postigo, ojos alertados observaban. A la caída de la tarde un transporte ruso había entrado a puerto, se arrimó a muros y esperó. La voz ya se había corrido; después de medianoche desembarcarían.

Y allí estaban.

Una semana más tarde, las Potencias de Europa y América cercaban con un semi círculo de acero la entrada del alicantino puerto, dando cumplimiento a la proclamada tesis de NO INTERVENCION y declarándolo puerta de escape de los refugiados bajo protección de los pabellones que ondeaban en los mástiles de sus potentes acorazados. La pequeña ciudad iba desde entonces a vivir su drama, vigilada por cien cañones que le apuntaban sin hacerle daño, garantizando así su nuevo título de "puerto de evacuación":

mientras en su interior, la bala, el puñal y el tormento la crucificaban.

— 21 —

Escaso de dinero, con poca ropa de verano, la indispensable muda que hizo asombrar los ojos, no recordaba si de Rubiella o Albaladejo, al ver la pequeña valija con que emprendí mi gira a Levante, érame difícil enfrentar los primeros fríos de octubre. Las noticias últimas de Madrid me llegaron por intermedio de un desconocido a quién en un primer momento no creí, tan difícil me resultaba dar crédito al relato que se me hacía. Rubiella y Albaladejo habían sido asesinados el mismo 18 de julio, cuando los primeros desórdenes y tumultos se posesionaron de la capital. Cayeron defendiéndose a tiros de las redadas policiales ordenadas por Casares Quiroga contra los falangistas; ambos lo eran, desconociendo yo su militancia. Algunos otros de mis colaboradores fueron víctimas de represalias populares cuando trataron de oponerse a la ocupación de las oficinas de la empresa, que fué asaltada y convertida en uno de los cuarteles de abastecimiento de las milicias del radio comunista Centro-Periferia. Mi informante no sabía si vivían, estaban presos o pertenecían al otro mundo; él había escapado disfrazado de Guardia de Asalto, llegaba a mí enviado por uno de mis socios, de nacionalidad dinamarquesa, con el expreso encargue de decirme no se me ocurriese volver por el momento a Madrid, proeza un tanto imposible de acometer ya que los sublevados la habían rodeado después de la liberación de Toledo, resultando una quimera pensar en sortear sus líneas, a pesar de que aún había un débil cordón de comunicaciones "republicanas" con Valencia. La capital estaba prácticamente sitiada. Lo que yo hacía, en realidad, era esperar el final de aquella lucha; había alentado la esperanza de que la terrible pesadilla iba a tener su fin, no podía convencerme hasta ese momento que estaba equivocado, que todos estábamos equivocados por que nadie, nadie medianamente cuerdo podía imaginar la magnitud de la hecatombe.

— 22 —

El 23 de setiembre había sido avisado por Don José Struch que debía presentarme nuevamente a la Comisaría de Investigación y Vigilancia a pesar de que solo iban corridos sesenta días de los noventa que me habían autorizado.

El Comisario Jefe, Don Rogelio Jover, me hizo saber que tenía que cuidar mis contactos con desconocidos. ¿Quiénes eran estos desconocidos?.

Sería larga, muy larga y penosa de narrar la historia de ellos.

Durante el correr de aquellos sesenta días, mi condición de extranjero parecía un imán para los desesperados que trataban de conocerme como si por tal hecho pudiese prestarles socorro o protección.

Todos los días una mujer, un hombre o un niño me hacían cómplice involuntario de sus penas y sufrimientos. La caza al hombre, la caza al "fascista" se hacía a toda hora, a tiro limpio, por azoteas o calles, sin ocultamientos, con ensañamiento y crueldad. El terror imperaba. Sobre mis hombros han llorado convulsos, seres desamparados en el torbellino de venganzas y resentimientos bestiales. En sus rostros, el desespero y la resignación estaban confundidos en trágico enigma, ¿por qué todo aquello? ¿por qué aquella implacable persecución que algunas veces alcanzaba al propio padre? ¿qué locura o que veneno había atragantado el alma noble del hasta entonces noble pueblo español? ¿qué clase de ponzoña destilaba el ambiente que sus mujeres, hasta ayer dignas de toda consideración y afecto ahora representaban lo más vil de la miseria humana en su expresión más despreciable e impura: delación y crimen?

Aunque intentase con mis mejores razonamientos quedar al margen de todo lo que a mi alrededor sucedía, mi impasibilidad se sentía vencida.

Frente a la modesta pensión donde me refugiaba, un tremendo caso de inhumana expresión daba comienzo cada mañana y seguía hasta que su protagonista caía poco menos que reventado, sin fuerzas para sostenerse. ¿Quién era el octogenario que yacía en el pa-

vimento, semi desmayado, ante la indiferencia pública del barrio? Un aristócrata. ¿Qué culpa pagaba? Su hidalguía. ¿Cómo? Sí, su hidalga hombría de bien. Años atrás adoptó al hijo de su chófer que durante largo tiempo le sirvió también hidalgamente.

El hijo del modesto servidor creció y se educó como aristócrata, pero odiando.

Odió a quién lo debía todo.

Odió desde el primer día que la simiente prendió en su deformado cerebro de degenerado ambicioso. Odió... ¡porqué el viejo no moría!... Odió porque nada le bastaba y quería entrar rápidamente en posesión de lo que no le pertenecía aún... Y le llegó la ocasión.

Disimuló su verdadera intención y aprovechando el caós, el confusionísmo de las ideas o el analfabetismo de la masa para discernir entre el bien y el mal, proclamó su fe de "defensor del pueblo" y denunció al hombre a quién debía su propia vida como uno de sus enemigos, reclamando el "ojo por ojo" bíblico. Si su verdadero padre había lavado el automóvil de aquel hombre durante años, si había servido a aquel repugnante aristócrata, era necesario hacerle pagar con la misma moneda: "...diente por diente"...Y desde ese momento el anciano cumplía la sentencia dictada por el hijo adoptivo. Todos los días, a la vista y paciencia del que se prestara a verlo, lavaba, secaba y lustraba un viejo e inservible automóvil que luego era nuevamente ensuciado y embarrado por chiquillos pagados por aquel y así una, dos, seis veces si era preciso, hasta que llegase el final. Y el pueblo, el noble pueblo se sentía obligado a no tener compasión; aquel viejo representaba una casta, una época; la droga eslava surtía sus tóxicos efectos y la acción criminal de un vulgar asesino hallaba comprensión en los embotados y enfermos cerebros de una nueva sociedad que quería florecer en tierras abonadas por la generosa sangre de los héroes de todas las épocas, desde el Cid Campeador a Carlos V, desde Colón a Pizarro, en sucesión inacabable de genios del arte y de la ciencia, en confusión gloriosa de músicos, pintores y poetas que dieron y dan brillo y personalidad a la brillante estirpe de castellana alcurnia.

El señor Comisario Jefe, D. Rogelio Jover, accedió a un nuevo permiso. No sé si supo adivinar mis recónditas reacciones o si en ello influyó su propio estado de ánimo que ya denotaba preocupación y fatiga.

La página undécima de mi pasaporte, quedó inaugurada con la siguiente inscripción:

Decreto 17-9-1936

Presentado en el día de hoy

(Transeunte: reside en Madrid)

Alicante, 23 de Sepbre 1936

El Comisario Jefe

P. O.

Rogelio Jover

Y un sello con la siguiente inscripción:

Comisaría de Investigación y Vigilancia

Alicante.

Los plazos que Rogelio Jover otorgaba no se cumplían. El Comisario Jefe hubo de confiarme más tarde que él también era vigilado; la diferencia de este segundo visado era que no se mencionaba tiempo y sólo comprobaba la presentación ante la autoridad, dejando constancia que el interesado residía en Madrid.

Los representantes policiales de la República, estaban ya bajo control extraño.

— 23 —

El rumor vino de Elche, pueblo cercano. Lo trajo una mujer, una mañana y lo lanzó en rueda de comadres pescaderas que hacían sus ventas en el mercado. Salió de allí a las puertas más vecinas y horas después toda la ciudad sabía que García Atadell (10), el Jefe de la Chetka más feroz de Madrid, la de Bellas Artes, se aprestaba a hacer una limpieza de emboscados y fascistas.

¿Qué quería el maldito?

Ya pocos candidatos quedaban para satisfacer sus famosos saqueos y asesinatos, tristemente célebres en la capital donde sus secuaces se identificaban como perteneciente a la "Brigada del Amanecer".

Aquellos fascinerosos, capitaneados por un audaz sujeto, salido del anonimato en el momento que Casares Quiroga ordenó la entrega de armas al pueblo, dominaban por el terror desde el magnífico edificio denominado de "Bellas Artes", célebre Ateneo madrileño, donde se producían periódicamente, entre otros hechos, los "casuales" encuentros de los gigantes de la literatura y filosofía hispanas contemporáneos: Unamuno y Valle Inclán. (11). Los sótanos de aquel edificio fueron escenario de los crímenes más repulsivos y condenables. Allí se mataba para robar. La técnica de aquellas hienas humanas era permanecer al acecho de la presa durante la noche. El perseguido, el acorralado, generalmente se sentía más seguro con las sombras que envolvían a Madrid, ciudad sitiada, privada de luz, hundida en denso velo de tinieblas. Empujado por el hambre o por la imperiosa necesidad de ver a los seres queridos, o por otros muchos motivos difíciles de enumerar, pero fáciles de adivinar, la víctima, en este caso siempre importante personaje de sólida situación económica, volvía adonde nunca debió pensar volver: a su casa.

Allí estaba su perdición, La complicidad de los porteros y sirvientes facilitaban en gran parte el trabajo. Ellos se encargaban de hacer saber la hora en que la presa entraba en la trampa. El servicio doméstico fué el gran aliado de la Brigada; sus delaciones y traiciones constituyen uno de los testimonios más desoladores

de la miseria humana. García Atadell mató, saqueó y robó protegido siempre por la alcahuetería y el silencio cobarde de aquellos que por tales, eran incapaces de ser otra cosa.

Y ahora lo teníamos en la provincia de Alicante, a un paso de su propia capital. La ciudad entera sintió un escalofrío de pavor. ¿No bastaban los chacales que dentro de ella había?

Durante casi una semana la amenaza quedó como suspendida sobre sus habitantes y, de pronto, lo insólito se produjo como desenlace inesperado y feliz de aquella mortal tensión.

Las radios ladraron la noticia como mastines furiosos. Lo increíble había sucedido: García Atadell había huído a Francia.

En medio de la congoja, aquello fué como un respiro.

— 24 —

El 24 de octubre de 1936, Rogelio Jover, Comisario Jefe, me citó una vez más a su despacho. Sería ese día la última vez que le vería. El jerarca policial de la segunda República Española era ahora sólo un personaje de ficción de ella misma.

Cuando me presenté me recibió de pié y era una sombra de aquel otro que conociera tres meses atrás; estaba como agotado y obedecía casi automáticamente las indicaciones de un hombre calvo, alto y corpulento que lucía un brazalete en el brazo derecho con las iniciales: U. G. T. (12).

Con voz lenta y opaca me volvió a reconvenir sobre mis contactos con gente catalogada como sospechosos derechistas, aunque oyéndolo me dí cuenta que me recitaba una advertencia de rutina, porque en realidad aquel hombre estaba cumpliendo una lección aprendida para complacer al representante de la temida organización obrera que era, sin duda, la autoridad máxima del momento.

El calvo asentía con ligeros movimientos de cabeza cuando el Comisario Jefe punteaba una frase de las tantas que dijo en aquellos cinco minutos de la entrevista, pero, que sin mayor variación, versaban sobre el mismo tema. Luego ambos cuchichearon en un rincón y al terminar el ugetista se encaró conmigo y me interrogó como me habían interrogado en la madrugada del 17 al 18 de julio cuando me sacaron de la cama del hotel en que dormía plácidamente. Y, ¡oh, manes del Señor!, la página undécima de mi pasaporte ostentó momentos después una nueva

Prórroga
con el conocido Autorizado y Visado
para permanecer en España durante 3 meses.
Alicante, 23 de octubre de 1936
El Comisario Jefe
R. O.
Rogelio Jover

Y el sello de siempre con la inscripción de marras:

Comisaría de Investigación y Vigilancia
Alicante

Bien sabía yo que esos noventa días nunca eran ciertos, así que ninguna extrañeza me produjo la indicación del representante ugetista cuando al salir me dijo en tono que no dejaba lugar a reparos que todos los lunes de cada semana estaba obligado a presentarme en la Comisaría de mi distrito.

Esa noche, Rogelio Jover estuvo a verme en mi modesto domicilio...

De sospechoso pasó a ser perseguido.

— 25 —

Mañana fría de noviembre. Ya hacía seis días que José Antonio Primo de Rivera, vehemencia en la palabra y en el gesto, realizaba su auto defensa ante un Tribunal del Pueblo. Encarcelado, como se ha indicado anteriormente, casi de inmediato después que el Frente Popular se apoderó del Poder y aherrojado en la antigua Fortaleza de Alicante, convertida en presidio, el Jefe Supremo de la Falange Española y de la J. O. N. S. (Juntas Obreras Nacional Sindicalistas), estaba a un paso del ajusticiamiento. Sus jueces eran sus enemigos más encarnizados y todo hacía prever el desenlace más adverso para el joven abogado que despreciando su propia vida argumentaba como un iluminado haciendo un último llamado a todos los que frente a él se encontraban, no pidiendo clemencia sino reprochándoles el dejar de ser españoles para servir una causa extraña, una causa que amenazaba convertir a España en una continuación de Rusia hundiéndose antes, todos ellos, en el fango de la traición y de la vergüenza.

Había momentos en que sus propios acusadores se sentían impresionados por el verbo brillante del joven Lider y era entonces cuando llegaban las consignas de Valencia. **Aprisa, Aprisa, terminad de una vez,** repetía el telégrafo en cables cifrados: no os dedejéis arrullar por él, sentenciadlo y basta de dilaciones: matádlo.

— 26 —

Fué al alba. Al pié de la Fortaleza formó cuadro la muchedumbre de milicianos, hombres y mujeres, dispuestos a presenciar el espectáculo.

Cuando quisieron vendarle los ojos, José Antonio, ya inmortal, rechazó el ofrecimiento con gallardo gesto, meneando la cabeza imperativamente y diciendo un ¡NO! tan fuerte que su voz debió haber quedado colgada en los luceros que pálidamente brillaban aún en el cielo.

Cara al pelotón, miró con fijeza las bocas de los ocho fusiles que le apuntaban. Su cuerpo se erguía como queriendo zafar sus brazos de los grilletes que aferraban sus manos por la espalda y su grito de ¡ARRIBA ESPAÑA!, se confundió con la descarga de sus verdugos.

Se quebró su cuerpo, cayendo doblado, empapadas en sangre sus rodillas. La chusma allí reunida gritó obsenidades; ni un grito, ni un ay, en el mártir, en el primer gran mártir de aquella guerra infame.

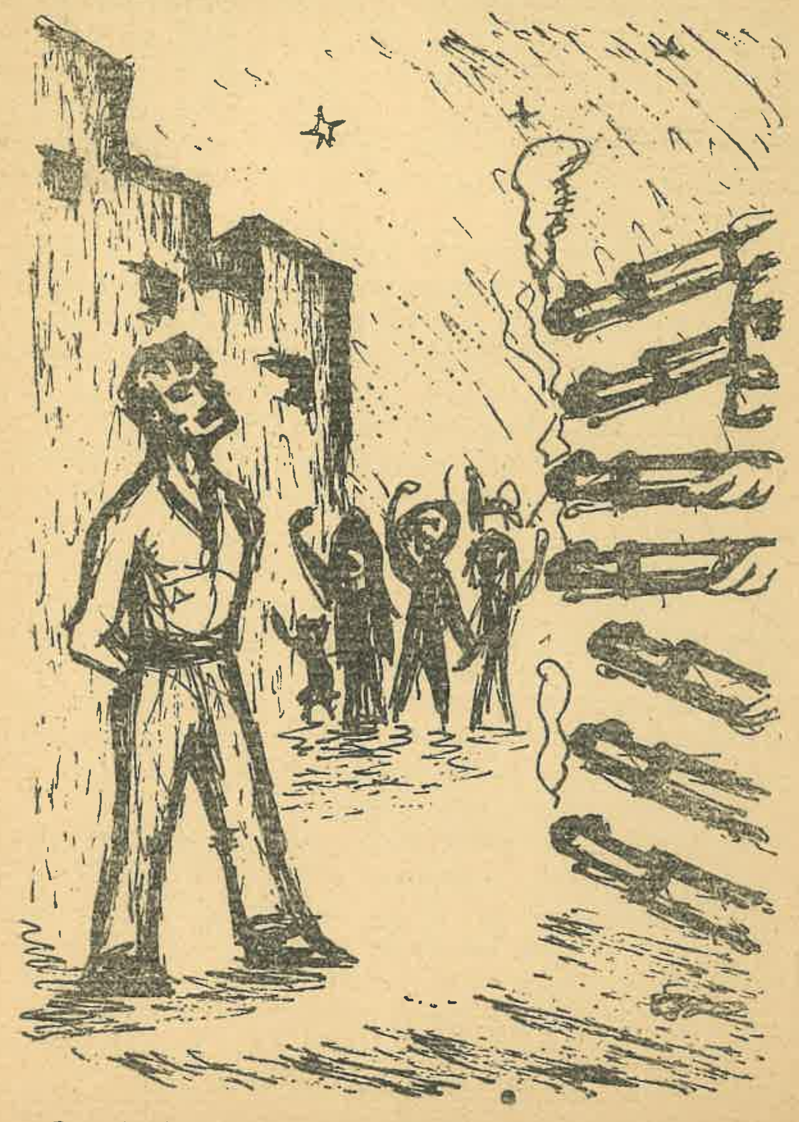
La orden de ejecución preveía esa primera etapa de deleite a los triunfadores del momento.

Allí estaba EL, José Antonio, sólo con España, su madre, su amante y amada España a la que quiso salvar. Allí estaban ellos, representantes genuinos del bárbaro poder eslavo que quería dominar el mundo valiéndose de ignorantes y enceguecidas masas que para completar su odio, mataban con crueldad, sin el menor asomo de instintos humanos, vilmente.

Petrificado, hipnotizado, veía yo hacer, impotente en mi terrible soledad. Fuí allí confundido en la masa, aceptando el convite de un huésped de mi misma modesta pensión a quién se le atribuían grandes sospechas de ser soplón. Estaba allí por miedo a hacerme sospechoso de él, a la delación de mis recónditos pensamientos, a la auto traición de mí mismo que ya empezaba a sentir la necesidad de hacer algo en contra de todo aquello que asfixiaba mis sentimientos, que sin duda eran contrarios, cada día con más violencia, a tanta abyecta forma de entender la vida. Estaba harto, todo en mí se rebelaba y, sin embargo, estaba allí petrificado, hip-

nótizado, medio muerto de miedo quizás.

José Antonio recibió la descarga en las piernas, no le tiraron ni al corazón ni a la cabeza; lo querían primero en el suelo, re-



Cara al pelotón miró con fijeza las bocas de los ocho fusiles

volcándose de dolor. No lo lograron. El héroe cayó en silencio, con los ojos serenamente abiertos. Desde su asombrado dolor, miraba a todos sin lanzar un quejido, pero cuando el miliciano que mandaba el pelotón avanzó lentamente, pistola martillada en mano y encañonándolo en la sien izquierda le ordenó que gritase Viva la República —en cuyo nombre cometía el crimen— recibió por respuesta un otro ¡ARRIBA ESPAÑA!

Volvió entonces a rugir la chusma azuzando a la muerte. Rodeó el miliciano el cuerpo del caído y apoyando el caño de la pistola en la nuca de su indefensa víctima, disparó el tiro de gracia.

Amanecía.

— 27 —

Allí se produjo mi conversión. Allí sentí por vez primera la necesidad de luchar contra todo lo odioso que me circundaba. Mis 35 años de vida dentro de los conceptos más dispares de todo aquello que me asfixiaba, me dieron la pauta de mi propia inutilidad en el futuro si era ya inevitable que tanta barbarie triunfase. Por vez primera sentía hervir la sangre en una necesidad imperiosa de defensa o de deseo de luchar al menos para no caer inerme al golpe siniestro de la traidora y oprobiosa rebelión de las masas incontrolables, juguetes fáciles de la retorcida y siniestra mentalidad marxista, dosificada, adaptada y practicada a gusto y mesura de los dirigentes comunistas de cualquier país del mundo, fieles servidores de los amos supremos de Rusia. Allí, en aquel juicio popular, de un Tribunal del Pueblo, no había aparentemente nadie que no fuera español.

Hombres calmos y siniestramente conocedores en su calma de lo que estaban haciendo, así como mujeres chillonas y lamentablemente comparables a arpías descocadas y sucias, mataban a un español tan español como todos los que pretendían juzgarlo, por el delito de ser eso: ESPAÑOL.

Y no era así.

La verdad, ni ellos mismos la sabían. La verdad la conocían en Madrid, Valencia, Moscú. Las órdenes partían del Kremlim, pasaban por la Puerta del Sol, en cuyo edificio del Ministerio de la Gobernación funcionaba su Estado Mayor Político-Militar-mixto (Hispano - Ruso) y desde allí se ordenaba al Gobierno Republicano huído y refugiado en Valencia. De esta forma, la ingerencia rusa no existía; aparentemente, el Tribunal Popular de Alicante obedecía a inspiraciones de los propios dirigentes españoles. Y Valencia ordenaba, ordenaba, ordenaba...

¿Es posible pensar en trabajo, paz, justicia y libertad sin antes destruír la simiente venenosa sembrada por un enemigo tan sagaz en sus maquinaciones, tan decidido en sus métodos y tan traicionero en sus fines?.

Hasta allí creí haber obrado cuerdamente, considerando el problema desde un punto equidistante a posibles parcialismos, ha-

bía tratado cifrar esperanzas en las desesperanzas del desastre que me hería directamente, ya que los esfuerzos dentro de mi propio esfuerzo físico y mental para sacar adelante una empresa, se veían frustrados desde el comienzo mismo del proceso sangriento de un drama al cual me creí ajeno, pero, ahora, los acontecimientos me precipitaban en el descubrimiento de mi propio error.

La guerra civil española no era tal guerra civil; era el preanuncio de la guerra total, de una guerra total que arrasaría con todos los derechos que el hombre creyó conquistar en su lucha centenaria por una vida mejor.

— 28 —

El cazatorpederos "Achattes" pareció dar un salto sobre las aquietadas aguas del Mediterráneo frente a la ciudad envuelta en espesas nubes de humo negro. Lanzado a toda máquina hacia adelante pasó por medio de la ancha avenida formada por los cruceros pesados, ya dispuestos a levar anclas, y en cuyas popas ondeaban las banderas de las diferentes naciones que representaban y a las cuales pertenecían.

Breves pitadas daban los saludos de ordenanza a la nave que se alejaba cargada hasta el tope con extraño pasaje a su bordo. Asegurado por anchas correas a uno de los hierros de las escotillas de la larga cola de acero del barco de S. M. Británica: Yo.

Era el 11 de diciembre de 1936. Me alejaba de Alicante dejando en ella todas mis más amargas experiencias del comienzo de una época que me tocaría vivir en su máxima intensidad. Testigo de atrocidades de toda índole; testigo del holocausto de un héroe; testigo, al fin, de los bombardeos de represalia a que fué sometida la ciudad mártir, me alejaba ahora de ella en la última evacuación de extranjeros autorizados por la U. G. T., la C. N. T. y la F. A. I. (13), dueñas absolutas de su control y anarquía ya que sus rivalidades imperaban por sobre cualquier otra manifestación, haciendo tabla rasa sobre el mínimo de la dignidad humana; por sobre el mínimo de la seguridad, garantía y respeto de la vida humana.

El 25 de noviembre de 1936 habíame presentado al Vice Consulado Británico pidiendo mi evacuación bajo su protección; mi condición de extranjero me permitía hacer tal solicitud. El 27, uno de sus funcionarios me acompañó adonde aún funcionaban las oficinas de lo que se denominaba Gobierno Civil. Allí me fotografiaron haciéndome dejar mi pasaporte el que me fué devuelto el 4 de diciembre con dos sellos; uno redondo, que decía:

Gobierno Civil
27 de Nov. 1936
ALICANTE

y manuscrito sobre el mismo la aclaración:

Presenta dos fotografías.

Otro, cuadrado y recuadrado en rojo, que rezaba:

Comité Control

Aduanas

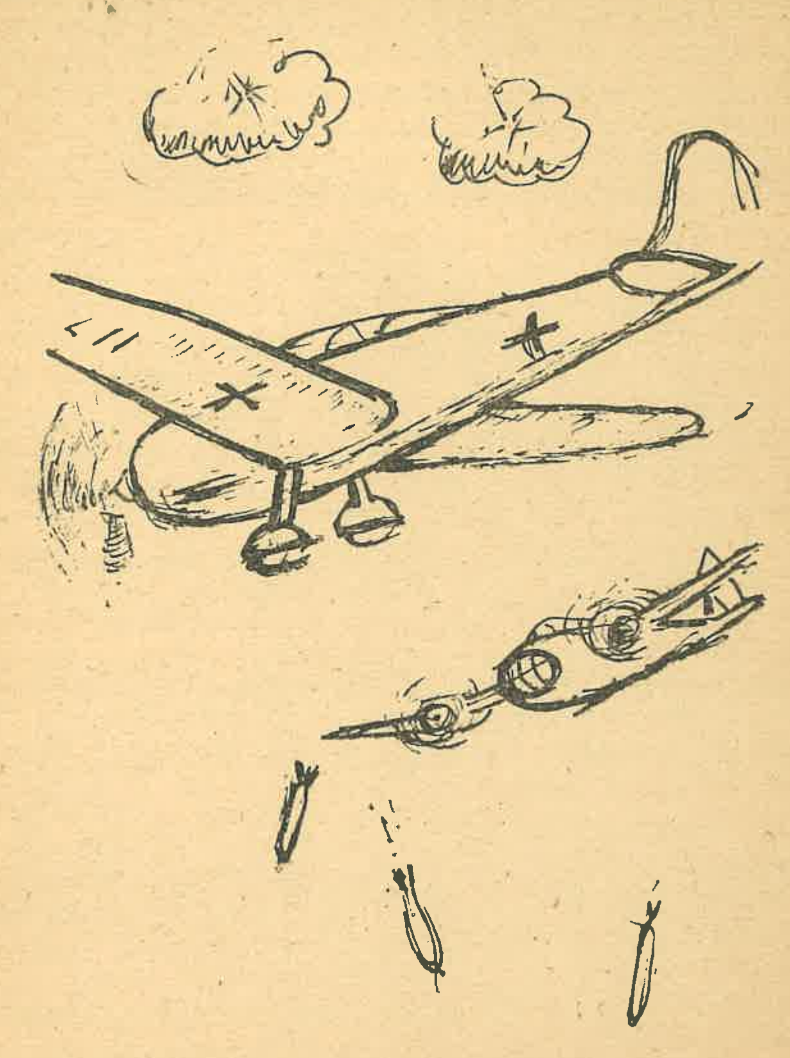
U. G. T.

ALICANTE

Mientras corrían esos trámites, lentos como el juego del gato con el ratón, donde cada palabra que articulase podía hacerme caer en una mala interpretación de aquellos que me interrogaban, impidéndome, si se les antojaba, obtener el permiso de salida, se producían los ataques aéreos ordenados como castigo a los que habían asesinado a José Antonio Primo de Rivera, hecho confuso para el mando supremo de la otra España que sin duda alguna debía tener noticias muy precarias de lo acaecido, ya que las radios rojas se cuidaban de no dar mayores aclaraciones sobre el asunto y que sin duda trataron de ocultar cuando se dieron cuenta de la magnitud potencial de fuego y destrucción que provocó tan nefando suceso.

Las escuadras de cazas y bombarderos atacaban por la noche y no cesaban de llegar y volver a llegar hasta que las primeras luces del día asomaban débilmente en aquellas veladas invernales, indescriptiblemente largas, inacabables en su agonía terrorífica de temblores y explosiones abracadabrantes, donde el oído se agudiza y afina en tal forma que percibe a distancias increíblemente lejanas las llegadas sin pausa de las máquinas de guerra, distinguiendo neta, precisamente, si son ligeras o pesadas, si las maniobras que realizan para la ubicaci6n del objetivo elegido se dirigen más lejos o más cerca... y luego la agonía... la vida o la muerte... la tensión que provoca en todo ser consciente la incertidumbre de lo que no se sabe va a suceder. Cruzan el aire los cazas, livianos y rápidos, guardando los flancos, a vanguardia y retaguardia del monstruo aéreo que transporta la carga. Se produce un relámpago y de inmediato, en uno, dos, tres segundos, el silbido de la bomba desplazando el aire en su vertiginosa y pesada caída y...

El estruendo, el ensordecedor estruendo aturde, atonta, enloquece...



Las escuadras de caza y bombarderos atacaban por la noche

El 7 de diciembre de 1936, la página 13 de mi pasaporte ostentó, como último peldaño de la escalera que me sacaría de la zona roja, la siguiente inscripción manuscrita en inglés:

Good for Embarking on (1)
Irm Ships for Marseilles
7-XII-36
For Yemp
Acting

con un sello a lo largo con firma ilegible que decía:

Vice Cónsul Británico
Alicante

y otro sello al costado, con el escudo imperial al centro de la circunferencia que ostentaba la leyenda:

British Vice-Consulate
Alicante

Recién en la noche del 10 fuímos concentrados los que íbamos a ser evacuados en el último embarque que se efectuó por el puerto casi destruído por la furia de la metralla aérea.

Las potencias habían decidido abandonar la guardia para evitar seguros conflictos si se empeñaban en mantener su vigilancia neutralista. Nunca podré decir cuantos éramos.

En la penumbra primero de un caserón semi iluminado pasamos las últimas horas de aquella noche en que las bombas caían como si lloviese y el relampagueo de los incendios acompañaban con mayor realismo el frenesí desatado de una tromba apocalíptica. Eramos muchas sombras las que, inmóviles, aguardabamos en silencio, con el corazón y el aliento en suspenso, rodeados con nuestros escasos equipajes (el mío, prácticamente, no existía) a que el nuevo día hiciese cesar la congoja y al mismo tiempo nos proporcionase la ansiada liberación.

Y llegó aquel, tardo, frío, pero con sol, con ese sol alicantino, sol del sur que tantas veces me cobijó con sus rayos en mi desamparado esperar de cuatro largos meses en que pensé y creí que todo podía solucionarse.

Del caserón nos trasladaron en grupos hasta el puerto; era casi mediodía cuando los grandes lanchones de embarque tripulados cada uno de ellos por veinte remeros de la Imperial Marina de Guerra de Su Majestad Británica, remos en alto, empezaron a recibir a los evacuados, operación desesperadamente odiosa por innoble e inhumana.

Uno a uno íbamos pasando ante los pelotones de control de las tres organizaciones que fiscalizaban nuestra partida sobre el murallón semi hundido por una certera bomba que le partió como si fuese frágil y endeble.

Los agentes diplomáticos ingleses tenían que guardar cierta distancia mientras se efectuaba el requisito impuesto por las nuevas "autoridades" de la ciudad. Cada pelotón estaba integrado por elementos exclusivos de cada organización. Al ser llamado, cada cual debía dirigirse al primer grupo con el pasaporte en la mano; este primer grupo era el de la U. G. T., el cual daba su asentimiento o no al visado exhibido. En cualquiera de los dos casos, el interesado debía pasar por los otros dos grupos que respectivamente estaban integrados por cenetistas y anarquistas, ya que ninguno de los tres grupos podía decidir por sí solo si el sujeto podía o no embarcar; así que cada caso daba motivo a dramáticos momentos de ansiedad para quienes, de pronto, se convertían en motivos de discusiones entre aquellos hombres mal encarados, armados hasta los dientes y dispuestos a hacer respetar sus fueros de supremacía gremial.

Más, por sobre todo, lo que mayor mal hacía al cumplimiento del embarque era el engreimiento militar de quienes hasta la víspera eran civiles y obreros, por añadidura; sus jactanciosas demostraciones y fantasiosas formas de hacer ostensibles las graduaciones correspondientes a sus cabecillas, producía un movimiento lentísimo en la larga columna de los que aún no sabían si iban a pasar con éxito por aquella sorpresiva y última terrible prueba. De pronto, un grito desgarrador o un movimiento nervioso de la columna señalaba la intervención negativa de algunos de aquellos representantes que aún decían ser republicanos. Una madre separada de la hija violentamente, acusada de cómplice de fascistas por un militante de la C. N. T., provocó un gesto como de querer intervenir en uno de los funcionarios ingleses que se dirigió muy cortésmente a hablar con los integrantes de ese grupo. De nada valió su deseo. Como la mujer, una señora de unos cincuenta años, intentase, en comprensible gesto de desesperación, correr hacia uno de los lanchones que metros más allá esperaban separados aún del malecón, buscando refugio en él, fué arrancada de su borda a la

que se había aferrado desde el agua donde se tirase enloquecida de pavor.

Tres largas horas esperé mi turno. El representante de la F. A. I. no estaba de acuerdo en lo que debía exigírseme en dinero para dar su asentimiento a mi embarque. Me pasé media hora explicándole que no disponía de él, porque mi salida de Madrid había sido calculando mi pronta vuelta y que no había recibido más fondos en los meses en que me ví forzado a esperar en Alicante. El hombre dudaba de mis afirmaciones, y al final optó por lo más práctico: me ordenó desnudarme allí mismo, en mitad del murallón, con temperatura invernal. Lo hice rápido y de buen grado, bien sabía yo que no mentía. La evidencia de mi precariedad monetaria provocó la rápida dilucidación del asunto por los integrantes de los otros dos grupos, que, molestos por lo ostensible de la exigencia de dinero que se me hacía, se apresuraron a estampar sus sellos que decían:

Comité Control Puerto

C. N. T.
U. G. T.
Alicante

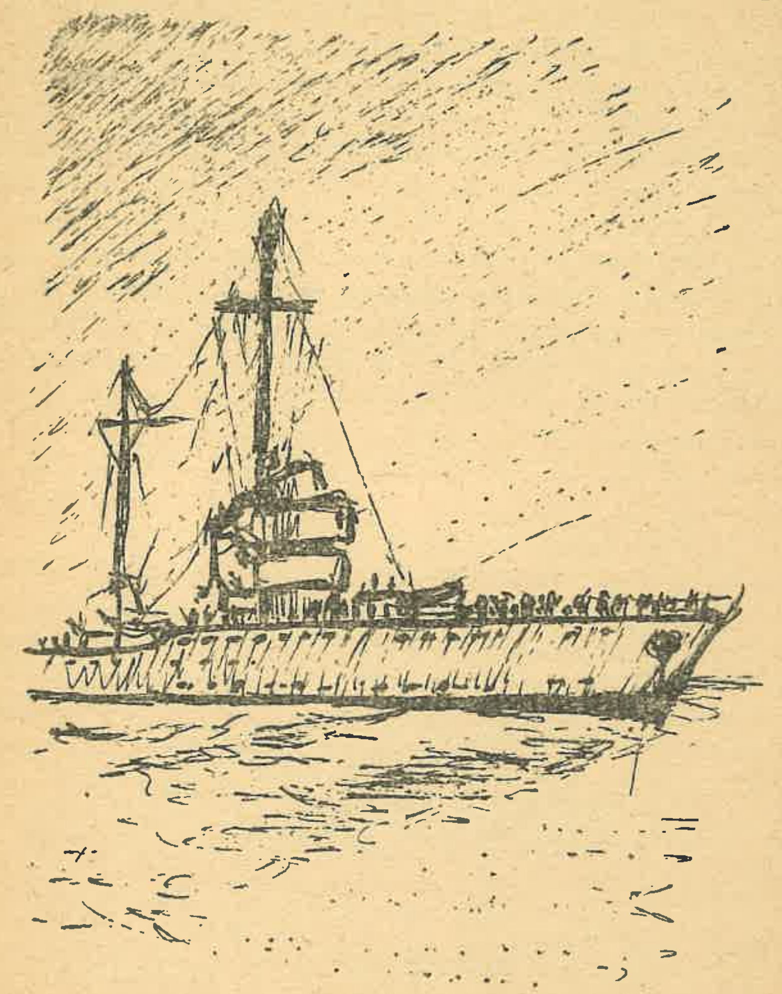
y otro más abajo:

ADUANA DE ALICANTE
El titular de este Pasaporte
sale hoy de España con Billetes
500 Ptas. ALICANTE 11 Dic. 1936

De las cinco mil pesetas que tan cuidadosamente había reservado en mi larga vigilia sólo me dejaban 500, que poco o ningún valor tenían en el extranjero donde por rara anomalía el circulante de la "zona republicana" casi no lograba cotización, aún en los países que la apoyaban, empezando por la propia Francia, en pleno gobierno Frentista y con León Blum a la cabeza. El oro del Banco de España ya estaba en Moscú.

— 29 —

El cazatorpederos llegó a media noche a Barcelona. El olor acre de los vómitos y evacuaciones de varias decenas de personas,



El cazatorpederos llegó a media noche a Barcelona

contaminaban sus compartimientos en pegasosa oleada nauseabunda. El Monjuich levantaba su cabeza gigante sobre las aguas agitadas por tenue marejada, la ciudad no se veía, se adivinaba a

causa del oscurecimiento obligatorio impuesto por temor a los bombarderos que aún no la castigaban. El comandante de la nave me había mandado a buscar media hora después de haber zarpado de Alicante y me tenía como invitado en su cabina. Su deseo de saber sobre el "caos rojo" como él lo calificaba, fué ampliamente superado en la larga conversación que sostuvimos en mal o buen francés. En ella me explicó que al revisar la lista del pasaje que se le confiaba en tan difíciles y extraordinarias circunstancias, le llamó la atención mi nacionalidad; hacía cinco años había estado en el Río de la Plata con un destacamento naval que tenía como base las Islas Malvinas. Nunca podría olvidar lo bien que lo pasó tanto en Buenos Aires como en Montevideo y todo lo que fuera rioplatense le provocaba simpatía, moviendo tristemente la cabeza al escuchar los diferentes relatos que le hice de lo que había vivido en los últimos tiempos. El estaba en servicio en costas levantinas cumpliendo lo más estrictamente posible con su deber de comandante de un barco de un país neutral, pero, muchas veces, había tenido que apelar a toda su mayor flema para contener sus íntimos deseos de intervención a pesar de que su misión era hacer cumplir la NO INTERVENCION.

Gracias a su gentil y exquisito tratamiento no tuve que hacer la larga travesía en cubierta, atado a la escotilla, lugar que hubiera preferido, sin duda alguna, a tener que hundirme en el vientre de acero de aquel galgo marino, largo y estrecho, construído para ser servido por una tripulación no mayor de ochenta hombres y que en ese momento llevaba una cifra triplicada de seres humanos en fuga, totalmente indefensos ante las consecuencias sorpresivas del mareo.

— 30 —

Las voces subían quejumbrosas entremezcladas con débiles quejidos de sufrimiento. Estaba de nuevo ocupando mi primitivo lugar en cubierta bajo la noche estrellada de la madrugada del 12 de diciembre de 1936. El "Achattes" enfilaba su proa hacia la costa sur de Francia en busca del puerto de Marsella. La maravilla naval navegaba a toda máquina como queriendo alejarse rápidamente del ibérico solar, escenario de tanta tragedia. Por cortesía y humanitaria solidaridad, el comandante desalojó su propio camarote para ampliar el lugar donde acoger a los nuevos evacuados que había recogido en el puerto catalán. Era lógico que siendo yo su invitado, imitase su ejemplo cediendo el privilegio con que había sido distinguido, a un grupo de mujeres que tomaron posesión del pequeño recinto sin mayores averiguaciones.

Y allí estaba en la noche invernal, envuelto en grueso capote marinero, defendiéndome, o mejor dicho, aguantando el azote de de las aguas que embestían a la nave que hería con la quilla su encrespado lomo; mi rostro recibía el recio batir del viento, frío y penetrante, pero mi cabeza se mantenía serena, pensando sobre mis planes futuros. La decisión estaba firmemente arraigada en mi más íntima voluntad; me enrolaría para combatir al enemigo que acababa de descubrir. Yo no me alejaba para siempre del ibérico suelo, consideraba un deber perentorio ofrecer si era necesario mi sangre, en defensa de los más caros principios de mi propia conciencia de hombre libre. La meta de mi destino quedaba orientada, sin tan siquiera yo haberlo concebido con premeditación.

— 31 —

"La Cannabiére", avenida central de Marsella, se extendía recta frente al puerto en uno de cuyos muelles acababa de atracar el "Achattes", con su carga humana, mal oliente y descompuesta.

Poco después, las autoridades de Inmigración subieron a su bordo dando comienzo al desembarque. En la página 14 de mi pasaporte, quedó estampada la prueba de la "solidaridad" que la Francia de León Blum prestaba a los que huían del infierno de los Frentes Populares.

Héla aquí:

COMMISSARIAT SPECIAL
VU AU DEBARQUEMENT
12 Dec. 1936
MARSEILLE

REFUGIÉ D' ESPAGNE
NE PEUT OCCUPER EN
FRANCE UN'EMPLOI

Al ir a despedirme del Comandante tuve que pasar por su aún repleta cabina y nunca olvidaré el desorden que allí había. Mujeres despeinadas o peinándose, sentadas sobre valijas o atados de ropa desprolijamente hechos como si solo se hubiesen guardado en ellos cosas indispensables para la huída, con huellas en sus rostros de las fatigas y sufrimientos pasados. Me llamó la atención una de ellas que sentada en el suelo parecía guardar especial compostura. Era una bella mujer cubierta de alhajas, de mirar vago, como si no viese. Quedé impresionado, su historia la supe más tarde, cuando la ví bajar por la planchada del barco entre dos enfermeras que la condujeron a una ambulancia adonde al subir dió un grito como si intentasen matarla. Se había vuelto loca esa noche, después que embarcó en Barcelona. Su apellido era grande en España y su título conocido en Europa.

Escapó ilesa físicamente del terror sufrido, pero su psiquis estalló al aflojarse la tensión torturante. Cuando el "Achattes" la tomó a bordo parecía una mujer de pueblo por lo modesto de su vestir, hubo quién dijo que un miliciano estuvo a su lado hasta que el zumbido de los motores anunció que el ancla liberaba a la nave. A poco de navegar, la dama, loca ya, abrió una maleta de corriente fabricación y comenzó a sacar sus alhajas, maravillosas piezas de extraordinario valor que colocó en su cuello, en sus brazos, en sus dedos, en sus muñecas y allí quedó a la espera también de su destino.

¡Pobre mujer! En su pasaporte ya habían impreso el "Refugié d' Espagne" con las prohibiciones que el gobierno de Francia le imponía, olvidándose este, por imprevisión, de prohibirle también que se volviese loca porque sola y loca, como llegó aquella mujer a la bella tierra francesa, se hacía una obligación internarla a costa del erario, lo que quizá era más oneroso que darle un empleo.

— 32 —

Me interné en la ciudad en busca de un amigo del cual no tenía la dirección por haberla dejado en Madrid. Las calles de la ciudad mediterránea más grande y populosa de Francia estaban plagadas de carteles invitando a la ayuda de la España Republicana y llamando a los voluntarios a engancharse en las Brigadas Internacionales que se entrenaban para defender su suelo de la amenaza nazi-fascista.

Cannabieré arriba me crucé con una manifestación puño en alto, cantando La Internacional, mientras se desplazaba engrosando su número con simpatizantes y adeptos. Enormes cartelones reclamaban la INTERVENCION a favor de Madrid.

Por más averiguaciones que efectué, no pude encontrar al amigo que tanto necesitaba en esos momentos para hacer efectiva mi decisión, ya que era necesario dinero y él me lo podía proporcionar; no encontrando otra solución, decidí trasladarme a Nimes, pequeña ciudad próxima a Marsella donde también fracasé en mi búsqueda de los representantes de una firma parisien con la cual mantenía viejas relaciones comerciales. Volví a Marsella un tanto preocupado por la mala suerte de mis cálculos fallidos y por la falta de dinero, pues las quinientas pesetas a que me habían reducido la rapacidad insaciable de las milicias del pueblo las repartí entre marineros ingleses que me ayudaron solícitamente en la dura travesía Alicante - Marsella y a quienes debía, entre otras cosas, el haberme resguardado de las inclemencias del tiempo con el grueso impermeable de uno de ellos. El resto, las pocas pesetas que me quedaron eran sólo unos cuantos francos que muy poca duración tuvieron en mis esmirriados bolsillos.

Era necesario que la suerte me ayudara un poquito en tan apurada emergencia y esto se produjo cuando al salir de un café, después de haber consultado por centésima vez la guía telefónica buscando recordar la dirección del amigo buscado, leyendo y releyendo páginas y páginas enteras donde figuraban los Dupont de Marsella me dí de manos a boca con uno de los pilotos de la Air France a quién conocía por haber realizado algunos viajes entre Casablanca y Toulouse algunos años atrás en que él cumplía

en esa línea sus itinerarios comerciales.

Amplia y clara conversación de amigos tuve esa tarde con el que ya era comandante en una de las rutas aéreas más importantes del mundo. Su amistad y estimación hicieron el resto.

Esa noche, el nocturno de París me condujo a Niza. En la estación me esperaban varios de mis corresponsales de la misma ciudad y de otros puntos cercanos a ella.

Todos se mostraban asombrados por mi vuelta, pues había quién me daba por muerto. Los asesinatos de varios de mis más cercanos colaboradores de Madrid y la falta total de noticias, los inducía a pensar que a mi también me había tocado lo peor.

Al día siguiente les reuní y les expliqué mi decisión.

No hubo uno que la desaprobase, aunque trataron de disuadirme argumentando que yo era necesario en el engranaje general del negocio y que en España pronto se arreglarían las cosas; que aquello no podía durar a pesar de que todos estaban de acuerdo en que el peor peligro que se cernía sobre Europa era la posibilidad de que el comunismo triunfase en el extremo occidental del continente. Ante mi reiterado deseo de marchar cuanto antes, todos, con unanimidad conmovedora, por lo solidaria y expontánea, me ofrecieron su ayuda y fué entonces que me confiaron sus grandes inquietudes por lo que amenazaba desencadenarse en Francia a través de la política parcial y peligrosa del Frente Popular. Monsieur Lebrun, Presidente de la República, era la última esperanza de cordura en medio de la correntada roja que desembocaba por todas las rutas orientando su cauce hacia los Pirineos y cuyo caudal creciente parecía querer ser aprovechado para arrastrar a Francia al torbellino de fuego y sangre de la guerra civil.

SEGUNDA PARTE

— 33 —

21 de diciembre de 1936. El "Marechal Lyautey" paquebote de lujo de las líneas francesas transmediterráneas, acababa de dejarme en el puerto internacional de Tánger. Al desembarcar, la policía especial de la Administración Internacional me concedió 72 horas de permanencia en la Zona.

No había tiempo que perder.

— 34 —

24 de diciembre de 1936. Frontera marroquí. El agente de servicio selló la página décimo quinta de mi Pasaporte, con un sello que decía:

N.o 54

Seguridad General de la Zona

Entrada

Visado en EL BORCH a 24-12-936

Golpeó mi corazón con fuerza. El ómnibus que alli esperaba me conduciría a la meta de tan largo andar.

Vísperas navideñas de histórica recordación para mí.

Cincuenta kilómetros más allá del límite tangerino, TETUAN, la Blanca, se abría en interrogante de esperanza alcanzada. Abstraído en mis más gozosos pensamientos, observaba el panorama agresivo que cruzaba el ómnibus en marcha moderada, sin preocuparme de quienes eran mis acompañantes; todo aquello que volvía a ver, me era familiar por mis anteriores conocimientos del mundo árabe.

Estos los había adquirido en numerosos viajes por Egipto, Africa del Norte y Marruecos francés y, sin embargo, sentía una emoción desconocida de gratitud hacia todo lo que significaba aquella tierra de valientes que supo de lealtades en el momento crítico del peligro.

En rápida sucesión del pensamiento revisé mis inquietudes de aquellas últimas setenta y dos horas de mi permanencia en Tánger en que llegué a temer no me alcanzaran para lograr mi entrada en la Zona del Protectorado peligrando perder así la oportunidad que tanto me había costado lograr. En la moruna ciudad estaba el representante de la España que buscaba, que venía a buscar desde Alicante; era para mí vital verle si quería culminar mi gran decisión.

Alguien me lo indicó al fin, cuando ya el plazo estaba cercano a su expiración.

Difícil era mi pretensión de entrar al Marruecos español en guerra con la República.

El doctor Amieva me escuchó; él era quién podía permitir mi paso, quién podía darme entrada a lo desconocido, a lo que con tanto empeño buscaba.

Lo que sobre él influyó lo supe mucho después y quizás si lo hubiese sabido o sospechado en esos momentos, lo mismo me hubiera arriesgado ya que mi decisión y voluntad estaba tomada, nada me atemorizaba, estaba convencido de querer servir a una causa que era mi propia expresión de vida.

El ómnibus se detuvo.

Estábamos a las puertas de la capital del Marruecos español.

— 35 —

Era un sospechoso, continuaba siendo un sospechoso en la España nacional como lo fuí en la otra, en la Roja. El Servicio de Inteligencia del Ejército no acertaba a darme otra clasificación después de los cerrados interrogatorios a que se me sometió desde que bajé del ómnibus conducido por los dos hombres que después de pasar la frontera se sentaron a mi diestra y siniestra, sin despertar mi atención ni sospechar yo que ellos me escoltaban policial y expresamente desde El Borch, como presa importante.

En aquellos inolvidables diez y ocho días llegué a desesperar con amargura al darme cuenta que en realidad no se me creía y se me tenía en permanente zozobra sobre mi suerte ya que nada justificaba aparentemente mi presencia en la Zona. Ignoraba que había llegado a ella en el momento preciso en que el Servicio Secreto de Salamanca —primera sede del Gobierno Nacional— alertaba a los puestos fronterizos del territorio ocupado, sobre la posibilidad de infiltración de agentes rojos los cuales estarían munidos de pasaportes pertenecientes a países hispano americanos.

Sin duda alguna, la suerte no me ayudaba cuando creí alcanzar la meta de mis deseos y tuve que pasar el difícil trance de sentirme atrapado en lo imprevisto porque en mi loco afán de llegar a ser útil a la causa que quería servir no pensé en aquello que se me atravesaba como queriendo impedir las realización de mis imperativas decisiones de cumplir con los sagrados impulsos que hasta allí me habían llevado.

No era un prisionero, era un sospechoso vigilado noche y día por cien ojos invisibles que adivinaba y presentía en cada paso que daba por la blanca Tetuán cuyas limpias calles pisaba con creciente desesperación de incomprendido. Diez y seis días con sus largas noches marcaron el compás de mi desesperanza en aumento al comprobar la esterilidad de mi esfuerzo. Inútilmente vivo, vagaba en la incierta tiniebla que de pronto me envolvía. Confundía a mi sombra con la sombra ardiente de los puestos ambulantes de los zocos (14) morunos tratando de hacer amigos al querer demostrar mis sentimientos amistosos plenos de agradecimiento a los hermanos de aquellos que combatían en los frentes peninsulares,

agravando, sin pensar, mi situación de sujeto observado atentamente por los agentes de S. M. el Jalifa El Hassan Ben el Mehdi Ben Ismail Ben Mohamed en guerra santa con el enemigo común. Y volvía al hotel a donde me tenía alojado la autoridad militar seguido de cerca por chilabas (15) y turbantes blancos difíciles de identificar en su uniformidad multitudinaria.

El portero, el conserje, el empleado de la administración me saludaban correcta pero fríamente, tratando de eludirme en cualquier manifestación de acercamiento comprometedor ya que estaban al corriente de los registros policiales que se efectuaban en mis ausencias, en la habitación que ocupaba en el segundo piso. Esta presentaba a mis llegadas, un aspecto normal, pero en el cajón de la cómoda, en el estante del armario, algún pequeño detalle delataba la mano extraña que dejaba descolocada una prenda de las muy pocas que había adquirido en Marsella o Tánger en mi apurado pasaje por ambas ciudades.

Solo, desoladamente solo, hubo días en que el desaliento me inundó sin compasión agarrotándome el corazón en desconsolado y silencioso llanto sin lágrimas, llanto de congoja, amargo, triste, llanto de vencido por la fatalidad de una situación creada por difíciles circunstancias, porque bien sabía que mi sufrida prueba tenía sus fundadas razones de justificación en aquella terrible guerra en la cual todos, azules y rojos, se jugaban a toda hora, la seguridad de su supervivencia.

— 36 —

El 10 de enero de 1937, cesó la dura prueba. El Alto Comisario de España en Marruecos —Teniente Coronel Don Juan Beigbeder— ordenó se me entregase a la decisión del Jefe Local de la Falange, Don Augusto Atalaya, a quién encargaba expresamente mi vigilancia y destino.

La gloriosa "Bandera de Marruecos" iba poco después a contarme entre sus integrantes de Primera Línea de Combate.

¡Silencio! ¡Se para el aire!
La Luna también... ¡Silencio!
Todo parece que está
metido dentro del sueño...
Hombres y cosas esperan
en la noche, cara al cielo,
la aurora de los ardientes
pendones rojos y negros...
El sol no falta a la cita.
Ni la gloria. Ni el deseo
de morir. Todo está a punto,
en su hora y en su puesto.

— 37 —

Málaga está llorando
de dolor y de vergüenza...
Málaga estaba llorando,
día y noche, siempre en vela...
. . . .
Iban la hoz y el martillo
segando vidas y haciendas... (16)

Después de la toma de Málaga, importante baluarte mediterráneo que los rojos perdieron ante la incontenible embestida combinada por mar y tierra, el Alto Mando me confío servicios especiales en misiones internas y en el exterior.

A fines de 1938, en vísperas casi del fin, cuando ya la lucha estaba virtualmente decidida a favor de la verdadera España, consideré que había colmado mis más caros anhelos: sentí la plena tranquilidad y conciencia del deber cumplido.

Palmo a palmo se había arrebatado a Rusia todo lo que creyó conquistado en tierra hispana. Una a una fueron batidas sus trincheras por el coraje sin igual del valiente soldado español, ya fuera del Ejército, de la Falange, del Requeté, de los Regulares de Africa o las Banderas de la Legión que junto a las fuerzas marroquíes escribieron la epopeya gloriosa que salvó a Occidente en el momento calculado por José Stalin para incendiar, en ola incontenible, el extremo más alejado de Moscú, dentro de Europa, ola que al tomar contacto con la ya pacíficamente conquistada Francia hubiera arrasado a la Italia de Mussolini y a la Alemania de Hitler, en gloria y provecho único del imperial signo de los tiempos modernos:

Hoz y Martillo



Hoz y Martillo: falacia contradictoria

falacia contradictoria y astuta de los nuevos Césares moscovitas que en lugar de las Aguilas, símbolo inconfundible y categórico

de sojuzgamiento, optan por los instrumentos más simples y primitivos que el hombre emplea desde época inmemorial en su trabajo de cada día, para con ellos, transformados en indiscutibles símbolos de las grandes masas obreras y campesinas, de no importa que nacionalidad, someterlas a su imperial antojo.

Sitiados en Barcelona, Valencia y Madrid, los rojos agonizaban en sus inútiles resistencias y sus perspectivas eran la rendición o la huída.

El drama que ellos habían provocado culminaba con su propia derrota. Europa se salvaba momentáneamente de una nueva invasión de los bárbaros. El mundo entero estaría en guerra un año más tarde, empeñado en destruírse salvándose sólo España de la gran hecatombe. Era noviembre de 1938 cuando llegué a Buenos Aires después de haber obtenido del gobierno de Burgos la baja total de servicios; iban a pasar muchos años antes de que volviese a pisar tierra española y muchos más para que me decidiese a escribir este libro que es la auténtica expresión de mi creencia sobre el porque se debe luchar contra el virus ponzoñoso que nos amenaza constantemente desde la fría región siberiana, allá, donde nosotros, los que hemos tenido la suerte de nacer en los templados climas del Sur, nada tenemos de común con los conceptos ideológicos de un pueblo que desconoció siempre, en su larga historia de tiranías omnipotentes, los más elementales signos de la Libertad, tal como la practicamos en los pueblos libres de las dos Américas.

Sólo un absurdo equívoco basado en un desconocimiento absoluto de la realidad puede influír en aquellos que pertenecientes a Occidente, cuyo estilo de vida no ha sido superado hasta hoy, cifren sus mejores esperanzas en el Este, de donde creen y esperan vendrá la redención del género humano, utopía de todos los tiempos, porque la ambición, picardía, mala intención y deslealtad existe en el individuo como consustanciación de su propia personalidad y el hombre tratará siempre por no importa que medios, dominar al hombre, ley general para todo ser viviente desde lo más remoto, desde lo más ignorado de los tiempos pasados, presentes y futuros.

La redención humana, el mundo feliz, apacible, justo y bondadoso, es un imposible mientras exista el hombre que dejaría de ser tal si dentro de sí mismo no llevase la llama encendida de su propia y exclusiva ambición.

Sólo la masa ignara, vengativa o simplemente cobarde y prostituída, puede gritar ¡ Viva Rusia! porque al hacerlo pierde su propia estimación y se convierte por propia voluntad en vil galeote al servicio de oscuras ambiciones personales de individuos que ni tan siquiera son semejantes a nuestra propia constitución mental.

El eslavo jamás pensará como latino.

— Llamadas aclaratorias —

(x) LOS PASOS — Altares movibles que son cargados a hombro por varios individuos contratados a tal efecto; o creyentes que se prestan a ello para cumplir promesas efectuadas a Santos de su devoción.

(1) LA MACARENA — Virgen del Barrio del mismo nombre, en Sevilla.

(2) SAETA — Derivación del cante jondo que interpreta motivos religiosos.

(3) EL CACHORRO — Famoso Cristo, cuyo "Paso" compite en fervor con el de la Virgen de la Macarena.

(4) EL EMBRUJO DE SEVILLA.

(5) PAQUEO — Disparos aislados efectuados por franco tiradores ocultos, a los que se denomina Pacos.

(6) CALLE PELIGROS — El autor la califica de pecaminosa porque en ella, antes de la Guerra Civil, hacían su "pasaje" las prostitutas.

(7) UN DURO — Moneda de plata cuyo valor equivalía a 5 pesetas.

(8) GRAO — Puerto de la ciudad de Valencia.

(9) EL PASEO — Dar el paseo, consistía en hacer que el prisionero creyese que lo llevaban a cualquier parte menos a la muerte. Para ello, por lo general, lo trasladaban en automóvil a las carreteras y, cuando de pronto se detenía, puesto que sus ocupantes consideraban haber encontrado el sitio propicio para cometer su crimen, hacían descender a la víctima y allí mismo la acribillaban a balazos o a puñaladas, según considerasen mejor. A veces se registraban casos de ensañamiento y bestialidad tales como cortar la lengua, las orejas o aun tronchar las manos y los testículos del cautivo antes de ultimarlo.

(10) GARCIA ATADELL — La historia de este jerarca de los primeros días de la Guerra Civil es alucinante. Dueño de vidas y haciendas en la capital, extendió su fama a toda la zona roja de España, por intermedio de los miembros de su Chetka. La "Brigada del Amanecer" acumuló una fabulosa fortuna para su provecho, ya que sólo él disponía de los valiosos objetos y obras de arte, así como de las alhajas y dinero de las víctimas de su sanguinario exterminio. Cuando consideró que ya estaba saciada su codicia, se trasladó a Alicante con un séquito de guarda espaldas y siete mujeres de su pertenencia. Desde Elche lanzó un ultimatum al Vice Cónsul argentino, quién tenía decenas de asilados bajo su protección, amenazándolo con asaltar las casas en que se encontraban asesinando a sus ocupantes. La alternativa era difícil de tomar, pero al final, y teniendo en cuenta lo ya sucedido a las hermanas del Cónsul del Uruguay en Madrid que fueron asaltadas y vilmente muertas por el solo hecho de prestar su apoyo a unas religiosas que pedían asilo bajo el pabellón del Sol de Mayo con sus franjas celestes y blancas, se aflojaron los rigores de la seguridad diplomática y el derecho de gen-

tes, prevaleciendo una realidad brutal y descarada en aquellos asesinos que querían huír ahitos de robo y sangre. En efecto, García Atadell proponía secretamente que lo evacuaran a él, a sus concubinas y a cinco de sus guardaespaldas en uno de los dos cruceros argentinos que se encontraban fondeados frente al puerto de Alicante, a cambio de no llevar a cabo la amenaza que cínicamente y con total cobardía esgrimiese, para convencer al representante consular de aquel país de que obtuviera el permiso de Buenos Aires para materializar su fuga. Lo que sucedió en aquellas truculentas horas de terrible espera en que se parlamentaba inalámbricamente entre el barco y la cancillería de la Plaza San Martín, quedará en el mayor de los secretos; pero el hecho cierto fué que García Atadell y su séquito, desembarcaron en Marsella.

En su afán por huír, quiso salir rápidamente de Francia, demasiado cerca y amiga de la España republicana y no teniendo ningún otro barco en que alejarse se embarcó en el "Groix", viejo mercante próximo ya a ser retirado de la línea Burdeos — Río de la Plata, que le presentaba las seguridades de su ruta, por cuanto sus puertos de escala eran Dakar, Pernambuco, Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires. Soslayando cualquier amenaza imprevista y para mayor seguridad de no tener contactos indiscretos con el pasaje de aquel semi carguero de clase única, la banda en fuga poco salía de sus camarotes, manteniendo un hermético aislamiento que estaba sobreprotegido por documentos de Identidad falsos, pero bien amañados.

A las salida de Dakar, el barco empezó a navegar con dificultades en las hélices, las cuales se fueron haciendo más graves a la altura de las Islas Canarias, obligando al buque a pedir entrada en Las Palmas para reparar el desperfecto. Las Islas eran fieles a la España Nacional y las medidas de seguridad en sus puertos eran las de un país en guerra, así que el pasaje no pudo bajar a tierra mientras se efectuaban los trabajos técnicos que insumirían de 48 a 72 horas.

El calor tropical proporciona una maravillosa temperatura en las montañas isleñas cuyos lugares son famosos en el turismo internacional, pero a bordo resulta insoportable si el buque, como el "Groix", no está preparado para esos eventos. Al segundo día el pasaje estaba inquieto y protestaba por las incomodidades a que se veía sometido, ya que la prohibición de trasladarse a tierra resultaba más intolerable debido al golpeteo de las herramientas y el ir y venir de los obreros que efectuaban la reparación. García Atadell y sus cómplices no pudieron escapar a la tentación de respirar en cubierta un aire más puro que el pesado y enrarecido de sus cabinas. Y el Destino jugó su parte.

La guardia del barco la realizaban los voluntarios falangistas de las Canarias; entre ellos, había uno que residiera en Madrid en los días trágicos del comienzo de la Guerra Civil y que pudo escapar después del asesinato de un hermano, por

la Chetka de Bellas Artes. García Atadell se detuvo ante él conversando con dos de sus mujeres, ajeno a su suerte, seguro ya bajo su disfraz físico. Un espeso bigote le cubría los labios desfigurando un tanto su infame rostro de asesino. De nada le valió. El Destino, su destino, lo reclamaba sin escape ya. Aquel falangista, anónimo soldado que el azar puso en su camino de huída y libertad, tuvo que sortear todas las dificultades, pero pudo entregar al fin a su castigo a uno de los mayores criminales de la España roja. Cuando fué reconocido por el hermano de su víctima, aquel corrió a denunciarle a su superior, que a su vez dió cuenta a la Comandancia Militar. Esta, considerando que el barco era extranjero, aunque en puerto de país en guerra, obró con gran tacto y discreción pidiendo al capitán de la nave la documentación de su pasaje que dió por resultado la no identificación de García Atadell, por viajar con papeles falsos. Ante la imposibilidad de demostrar al Capitán que se buscaba a un criminal porque se descontaba que se alegaría que ese era un asunto político, la Comandancia dió aviso al Capitán General. Mientras, pasaban las horas y el barco se iba reparando. Estas dificultades desesperaban al falangista denunciante que veía que el buque estaría listo en pocas horas para reanudar su navegación. El Capitán General, hombre ducho en cuestiones de orden internacional sabía que cualquier mala interpretación o medida podría provocar una reclamación de Francia, pese a que el "Groix" había entrado en puerto por su voluntad y necesidad, prefirió consultar a Salamanca por telégrafo. Llegó la respuesta faltando sólo dos horas para que el navío zarpara; aquella era concreta y precisa. Se dió cumplimiento a ella haciéndose descender del buque a García Atadell para interrogarle, a pesar de las protestas del capitán francés.

Alrededor de media hora más tarde, el sospechoso era devuelto al barco; las autoridades españolas se daban por convencidas de su personalidad y hasta presentaban excusas por su error. Tal era la perfección de la identidad falsificada. El Jefe Supremo de la Chetka de Bellas Artes la exhibía ufano y alegaba con vehemencia ante quienes le buscaban afanosamente.

Cuando el falangista se enteró de tal enormidad, su desesperación llegó al paroxismo y sólo así obtuvo permiso para ver al Capitán General de las Islas Canarias. Lo que aquellos dos hombres conversaron fué decisivo para García Atadell.

El "Groix" estaba listo para levar el ancla; paralelamente, el criminal más despreciable de todos los tiempos bajaba por la escalerilla de desembarco escoltado por agentes policiales que lo volvían a tierra a pesar de sus protestas y de las protestas solidarias de la tripulación y pasaje que inconscientemente se colocaban de lado suyo, al ignorar en verdad quién era y de que se le acusaba. La gente es así...

García Atadell fué sentenciado un año después en Burgos, convicto y confeso de

centenares de crímenes, violaciones, asaltos y robos. Su ajusticiamiento se llevó a cabo trás un largo proceso y el tribunal que lo juzgó le condenó a morir a GARROTE VIL.

(11) La hostilidad entre Don Miguel de Unamuno y Don Ramón del Valle Inclán era proverbial. No, obstante, todos los otoños, en la misma fecha, Don Miguel se llegaba a los Madriles dejando por unos días sus montañas y costas vascas para pulsar la actualidad castellana, a la que, sin despreciar, ignoraba el resto del año. Como sus visitas eran de un incógnito muy relativo, Don Ramón estaba al tanto de lo que hacía, decía, visitaba y andaba su sobrio y severo contendor al cual le unía una profunda, pero aparentemente no visible gran amistad. Ni Don Miguel le decía a Don Ramón de encontrarse, ni Don Ramón le manifestaba a Don Miguel que se había enterado de su llegada. Dos caracteres tan diametralmente opuestos no podían ceder posiciones sensibleras, para eso estaba "Bellas Artes". Cuando Don Miguel llegaba a la puerta del gran edificio, amigos comunes se lo hacían saber a Don Ramón y un cuarto de hora más tarde entraba éste al salón biblioteca donde ya estaba el otro haciéndose el abstraído en búsqueda de libros que le dieran la pauta sobre la inquietud literaria del momento. No se saludaban, se encontraban sin preguntarse como estaban o como les había ido, mientras el silencio de los presentes se hacía más completo en la gran sala de altísimos anaqueles repletos de las más famosas obras de todos los continentes. Por los pasillos adyacentes, entraban los curiosos discípulos de los dos maestros que acudían a presenciar las alternativas de la conversación ya entablada. Ambos con barba, Don Ramón con la suya tan larga y grisácea de punta chivuna contrastando en su escandalosa prolongación con la pequeña, blanca y cuidada del Gran Vasco, Maestro de la pulcritud en el lenguaje sin par de su sabiduría.
Cuanto decían no se oía, hasta que poco a poco las voces de ambos subían de tono, sus gestos se ensombrecían y el glorioso manco parecía querer enarbolar su famoso bastón. De esta manera, Don Ramón personificaba, una vez más la realidad viviente de las cuatro Sonatas inmortales de su genio sin par.
Aquellos encuentros anuales de aquellos dos gigantes eran famosos en "Bellas Artes", que de no haber sido un templo español del arte y la literatura, quizás hubiera ofrecido en alquiler balcones y plateas para presenciar tan extraordinario espectáculo donde nunca los grandes actores se ponían de acuerdo, separándose violentamente hasta que se produjese el encuentro "casual" del siguiente año.

(12) "U. G. T." — Unión General de Trabajadores.

(13) "F. A. I." — Federación Anárquica Ibérica.

(14) "ZOCOS" — Mercaderes árabes.

(15) "CHILABAS" — Bombachas de un corte típicamente árabe por su gran amplitud y forma de llevarse.

(16) Los dos trozos poemáticos pertenecen al eminente poeta español doctor Rafael Duyos, camarada inolvidable de la "Bandera de Marruecos"; el primero es un trozo del "Romance de Luis Platero" y el segundo, un trozo de su celebrado "Romance de Málaga". Se trascriben, considerando que ellos interpretan fielmente los ciclos que tan ilustre versificador contemporáneo ha abordado.

Duyos es médico; une a su expontánea gracilidad poética una solvente personalidad científica.

Este libro terminó de imprimirse en los Talleres Gráficos de Río Branco Nº 1320, Montevideo, República Oriental del Uruguay, el 30 de noviembre de 1961


STAT-SEMPER-FIDES